

LOS VIAJES DE JRUSCHEV

III.—A LOS PAISES DEL SUDESTE ASIATICO

De la misma manera que el viaje del jefe del Gobierno soviético a la China comunista en septiembre-octubre de 1959 estuvo estrechamente relacionado con su previa visita a los Estados Unidos de América, ahora el nuevo viaje de Jruschev a varios países del Sudeste asiático en febrero de 1960 ha de conectarse muy estrechamente con su anterior visita a Pekín. Las palabras de Nehru en noviembre de 1959: «nadie desea más intensamente la paz en Asia que la Unión Soviética y nadie la desea menos que China», muestran con claridad la existencia en los más importantes países asiáticos del denominado «tercer mundo» o «mundo interpuesto», de un fuerte temor al expansionismo chino, frente al cual la Unión Soviética es, en realidad, el único poder capaz de frenarlo. Al Gobierno de Moscú le interesa expandir por Asia la doctrina de la «coexistencia pacífica» que propone a las potencias occidentales en América y Europa, lo cual supone, por lo menos formalmente y en este período, aceptar el «neutralismo» que viene caracterizando a los grandes países del sudeste de Asia. La actitud del Gobierno de Pekín parece capaz de producir una grave alteración en los planes soviéticos, suscitando recelos y temores en la India, Birmania e Indonesia. Y precisamente para calmar este bien justificado miedo al dragón chino, de nuevo el jefe del Gobierno soviético tuvo que subir a un avión, «Ilyuchine-18», para ir a dar seguridades a Nehru, Ne Win y Sukarno.

Pero tal vez el mismo Jruschev estaría muy poco seguro de su influencia cerca de Mao Tse-tung, porque a pesar de sus esfuerzos aquietadores en Pekín, que en la superficie parecían haber logrado un cierto éxito, es muy posible que en lo profundo no fueran capaces de hacer desaparecer su misma inquietud ante el desarrollo de la situación china.

Hay que tener presente que en la China continental su presente régimen político, aun siendo muy ortodoxamente marxista-leninista, puede decirse

que es más nacionalista que comunista. Como escribe Roderick Macfarquhar (en *The World to-day*, de agosto de 1959), Mao Tse-tung tiene como principal objetivo el lograr una verdadera unidad de China, cuya situación interna ha sido caótica desde la caída de la dinastía manchú en 1911, y con esta unidad asegurar a China una posición importante en el mundo. Es preciso subrayar al respecto que en los escritos de Mao el acento se pone siempre sobre «la unidad del pueblo chino» y no sobre «la dictadura del proletariado», por estar convencido Mao de que la política del partido comunista será fundamentalmente aceptable para todos los chinos. Prueba de esto es la insistencia de Mao en el papel de los partidos políticos no comunistas¹, en la necesidad de usar de la persuasión

¹ Existen en China, al lado del Partido comunista, nada menos que ocho Partidos no comunistas, aun cuando sea aquél el que de hecho (pues no existe en la vigente Constitución china ningún artículo similar al art. 126 de la Constitución de la U. R. S. S.) domina por completo toda la vida pública del país. Estos Partidos son: el Comité Revolucionario del Kuomintang (fundado en 1948); la Liga democrática de China (1941); la Asociación para la edificación de una China democrática (1945), la Asociación china para la democracia (1945), el Partido democrático obrero y campesino de China (1928), el Tche Kong Tang de China (1864); la Sociedad Kieu San (1944), y la Liga para la autonomía democrática de Formosa (1947).

Cierto que—como indica Hans-Georg Glasse en la revista *Europa-Archiv* de Frankfurt, enero 1960—la influencia de estos ocho pretendidos «Partidos» sobre la vida política de China es mínima. Pero, sin embargo, hay cinco Ministerios confiados a jefes de estos Partidos: Abastecimientos, Industria Textil, Correos y Telecomunicaciones, Industria ligera y Pesca, y hasta abril de 1959, en que desapareció el Ministerio de Justicia, su titular era la señora Che Liang, de la Liga democrática de China. Además, los representantes de los Partidos «no comunistas» tienen cuatro de las dieciséis vicepresidencias del Comité permanente del Congreso Nacional Popular, y dos antiguos generales del Kuomintang son vicepresidentes del importante Consejo de Defensa nacional.

Mas ha de tenerse en cuenta que todos estos Partidos políticos se han juntado en un «frente unido», la «Conferencia consultiva política de los pueblos chinos», dominada por el Partido comunista (Chu En-Lai es el presidente de esta Conferencia), tal como lo preceptúa claramente la Constitución china al referirse a «un frente unido democrático, dirigido por el Partido comunista chino». De hecho, pues, hay un sistema de Partido único.

En definitiva, el Partido comunista chino domina por completo al Estado, a través de su *Politburó*. De los 20 miembros que integran éste, 10 forman parte del Consejo de Ministros, y ocho pertenecen al Consejo de Defensa nacional. Los siete miembros del Comité permanente del *Politburó* tienen en sus manos todos los mandos del Par-

en la lucha de clases y hasta en los llamamientos continuamente hechos a Chiang Kai-Chek para que proceda a su reunificación con el Continente.

También hay que ver en la China actual una heredera de las antiguas concepciones imperiales de los Han, que proclamaban la supremacía del *Zhongguo*, el «país del medio» o centro del mundo, sobre los restantes pueblos. Este sentimiento, ínsito en el alma china, puede servirse del propio comunismo para fines imperialistas.

Por ello, aun cuando hay aún muchos intereses de todo tipo que unen a los comunistas chinos con los rusos y todavía no son más que píos deseos las graves incompatibilidades que muchos occidentales presagian entre China y Rusia, sin embargo, sí ya comienzan a vislumbrarse rivalidades en torno al control del movimiento comunista mundial. No es la primera vez que Mao ha rectificado una orientación política general señalada por Jruschev. Recuérdese cómo incluso el jefe chino vetó la celebración de una Conferencia de alto nivel entre Oriente y Occidente en el verano de 1958, a la que parecía bien dispuesto el jefe ruso. Y, sobre todo, adviértase la enorme actividad china en los países afroasiáticos, que está rebasando a la de los rusos, con ser ésta muy intensa, y para la cual ciertamente el Gobierno de Pekín se encuentra en mejores condiciones para actuar que el de Moscú. Pues, como bien acaba de exponer Stuart R. Schram (en *Esprit*. París, marzo 1960), en la competición para influir en los pueblos de los países subdesarrollados y en sus minorías dirigentes, China goza de importantes ventajas, de las cuales la principal puede ser el hecho de haber tenido ella misma, hace algunos años, una situación económica similar a la de los países africanos y asiáticos menos favorecidos. Mejor que Rusia, país relativamente rico y con tradiciones europeas,

tido y del Estado. Y Mao Tse-Tung, como jefe del Partido, está por encima, a todos los efectos, de Liu Chao-Chi, presidente de la República.

Por otra parte, ha de subrayarse también que en China existe una estrecha unión entre el Partido comunista y el Ejército. En octubre de 1958, el jefe del Estado Mayor General fué reemplazado por un general político, miembro del Secretariado del Partido comunista. El actual ministro de Defensa Nacional, Lin Piao, es miembro del Comité permanente del Politburó, y en un reciente artículo publicado en *Bandera roja* (1959), ha reclamado explícitamente un control absoluto del Partido sobre el Ejército, considerando que el Ejército es «un instrumento de combate político», por lo cual el Partido debe ser su guía indiscutible. La fórmula la había dado ya Mao: «Es para nosotros un principio, que el Partido manda a los cañones, no pudiendo en ningún caso los cañones mandar en el Partido.»

China puede mostrar a los países afroasiáticos la imagen de lo que podría ser su propio futuro.

Y aparece claro que hoy ya existen divergencias entre Moscú y Pekín, nada menos que sobre la interpretación ortodoxa del marxismo-leninismo con referencia al mejor camino a seguir para lograr la comunización mundial. A este respecto, la U. R. S. S. entiende que tal objetivo cosmocrático puede y debe ser logrado mediante la táctica de la «coexistencia pacífica»; China, en cambio, se muestra partidaria de los antiguos métodos revolucionarios y subversivos en forma directa e incluso de la amenaza bélica. Pues con ocasión de celebrarse en el presente mes de abril el 90 aniversario del nacimiento de Lenin, se han producido manifestaciones en Pekín que difieren totalmente de la tesis hoy sostenida no sólo por los rusos, sino también por los comunistas europeos, que proclaman que «en la situación actual, la guerra puede y debe ser eliminada de las relaciones internacionales». Un representante de Mao Tse-tung acaba de decir en la capital china que las tesis de Lenin sobre el carácter inevitable de las guerras, de las guerras civiles, de las revoluciones proletarias y de las sublevaciones anti-imperialistas de los pueblos coloniales continúan siendo válidas, calificando de «oportunistas y revisionistas» a quienes, en el seno del movimiento comunista mundial, creen posible una coexistencia duradera entre el comunismo y el «imperialismo». Según Lu Ting-yi, estas tentativas de coexistencia no pueden ser concebidas sino en función de una estrategia más general, tendente a la destrucción del «imperialismo por todos los medios, legales e ilegales, sangrientos o pacíficos, económicos o políticos, militares e ideológicos».

Asimismo, en el órgano doctrinal del comunismo chino, *Bandera roja*, así como en el órgano del Comité central del Partido, *Diario del pueblo*, con la citada ocasión conmemorativa se ha publicado una serie de artículos en el mes actual—que bien pudo haber sido escrita por el mismo Mao Tse-tung—, en la cual se sostiene la necesidad de que el movimiento comunista mundial mantenga en todos los dominios un extremado rigor táctico e ideológico, rechazando toda concesión, incluso temporal, que pudiera ser hecha en nombre de la «coexistencia pacífica». Para el comunismo chino no hay por qué temer incluso a una III Guerra Mundial, ya que ésta no puede conducir sino a la desaparición definitiva del capitalismo y al nacimiento de una civilización «mil veces superior» a la civilización actual, y este conflicto bélico global es, y continúa siendo, probable, en cuanto está ligado a la esencia misma del capitalismo. Pues los

sistemas comunista y capitalista—continúa diciéndose en el diario pekinés— son y continuarán siendo irreductibles, y el proletariado no puede prohibirse por anticipado el recurrir a medios «no pacíficos» para asegurar la conquista del poder, pues el capitalismo no se derrumbará por sí solo.

Puede verse aquí con toda nitidez una discrepancia importante entre chinos y rusos, aunque sea de advertir que se trata de una diferencia formal más que sustancial, pues al fin y al cabo ya sabemos que la doctrina de la «coexistencia pacífica» enunciada por Jruschev, no es sino una táctica propagandística para adormecer a los occidentales y continuar mientras tanto el comunismo sus actividades subversivas en todo el mundo. El jefe del Gobierno soviético no cree en la posibilidad de una coexistencia perpetua, y no la desea, pero—escribe Bernard Féron, en *Esprit*, de marzo de 1960—piensa que el comunismo se impondrá en el mundo entero, en parte por contagio de los éxitos soviéticos, pero también mediante el golpe brutal en el momento oportuno. Pues—como se recuerda en *Studi Cattolici*, Roma, febrero 1960—ya Lenin escribió en 1921 unos párrafos realmente reveladores de esta táctica: «Hoy, ciertamente, no somos bastante fuertes para atacar. Pero nuestro tiempo llegará dentro de veinte o treinta años. A la burguesía habrá que adormecerla, y entonces nosotros comenzaremos a lanzar el más espectacular movimiento de paz de todas las épocas. Se producirán deshielos sorprendentes y las más inesperadas concesiones. Los países capitalistas, estúpidos y decadentes, se regocijarán cooperando a su propia destrucción. Y considerarán como la mejor buena suerte el ser nuestros amigos. Pero en cuanto cesen de estar en guardia, nosotros les aplastaremos a todos con nuestro puño cerrado.»

Mas los chinos parecen negarse hoy a aceptar esta táctica leninista y propugnan, posiblemente en gran parte por la necesidad de mantener la tensión interna, la *manière forte* para expandir el comunismo por todo el orbe.

Si bien este desacuerdo entre China y la Unión Soviética no es sobre el carácter provisional de la coexistencia, sino sobre la duración de esta provisionalidad y sobre los medios adecuados para darle fin. Pero, en lo esencial—señala Féron—no hay signo evidente de ruptura. Las divergencias sobre la manera de tratar al adversario no impiden que una y otra tengan conciencia de tener el mismo adversario. Mas lo que acaso esté en el fondo de la diferencia, creemos que es el problema de la primacía en la dirección del comunismo mundial. Y al respecto conviene men-

cionar que en el *Diario del pueblo* se recuerda—indudablemente como advertencia a Moscú—la predicción de Lenin de que «las futuras revoluciones de Asia mostrarán particularidades más grandes que la revolución rusa». O al menos téngase en cuenta que ya en 1951 había declarado Lu Ting-i: «El tipo clásico de la revolución en los países imperialistas es la Revolución de Octubre. El tipo clásico de las revoluciones en los países coloniales y semicoloniales es la Revolución china».

Estas reacciones chinas muestran que Jruschev, a pesar de sus concesiones, y tal vez porque éstas no fueran todas las que esperaba conseguir Mao, en su visita a Pekin no pudo obtener un pleno asentimiento para su política global de «coexistencia pacífica», como ya hacía preludivar el tono del artículo publicado por el Ministro chino de Asuntos Exteriores en *Izvestia*, de Moscú, cuando el Jefe del Gobierno soviético se hallaba de regreso en la U. R. S. S. después de su último viaje a China. Ciertamente, de momento, pareció que Jruschev había logrado calmar bastante a Mao; pero acaso las reservas y sutilezas de éste, y algún que otro rencor de stalinista, hayan aflorado a la superficie mucho antes de lo que Jruschev se temía. Hoy la presión china sobre Moscú es tan fuerte, que no sería del todo imposible que la U. R. S. S. tuviera que endurecer destempladamente su actitud frente a los occidentales. Bien entendido que si así fuere—estando convocada para dentro de tres semanas en París la Conferencia de alto nivel entre los «cuatro Grandes»—, ello sería muestra de un forzamiento de mano sufrido por Jruschev a cargo de Mao, que, en definitiva, no sería conveniente para los intereses de la Unión Soviética, que tiene todo que perder y nada que ganar con un recrudecimiento de la «guerra fría» que implicara el abandono del plan de «coexistencia pacífica», y no digamos en el caso de un conflicto bélico mundial, que sigue siendo impensable mientras sean la U. R. S. S. y los EE. UU. los que se enfrenten en el campo de la rivalidad universal.

En cambio, piénsese que la actitud de China puede ser otra, porque aun en la hipótesis de una guerra termonuclear, puede «aguantar» y hacer frente, mal que bien, a los peores acontecimientos. Ya Adolf A. Berle, antiguo colaborador de los Presidentes Wilson y Roosevelt, le dijo a Jules Romains (y el académico francés nos lo relata en su interesante libro *¿A dónde vamos, viajeros de la Tierra*. Ed. española. Madrid, 1956), que los sacrificios que supondría una nueva guerra mundial no tendrían proporción con las ventajas imaginables como posibles, pero «sólo China po-

dría considerar sin excesiva emoción el sacrificio de 150 ó 200 millones de hombres».

De aquí el serio problema que ya comienza a ser para la Unión Soviética la China comunista. Sin duda, desde hace ya algún tiempo, los dirigentes de Moscú comienzan a desconfiar del porvenir de su predominio sobre el comunismo mundial y, por ende, de su misma capacidad para mantener a la línea a una China que, alcanzando hoy un índice anual de natalidad de 2,2 por 100, esto es, cerca de 14 millones de nuevos habitantes por año, dentro de veinte años alcanzará los 1.000 millones de seres humanos en su territorio nacional, y que cree (con Wang Jia-xiang, en *Hongqi*, núm. 19, Pekín, 1959) que también políticamente el Sol se eleva por el Este y declina por el Oeste, con cuya imagen se quiere advertir que, por lo visto, el Poder emigra de Oriente a Occidente; la *translatio Imperii*, que parece puede completar, antes de que se cumpla el segundo milenio, la vuelta a la Tierra, retornando hacia su oriental sede originaria.

Posiblemente por todo esto, la U. R. S. S. comience a mirar con un mayor interés a otros pueblos asiáticos que podrían equilibrar el enorme peso chino, singularmente a los dos grandes países del Sudeste asiático: India e Indonesia. Porque, de no ser ésta, la otra posibilidad de equilibrio mundial que parece pueda darse finalizando nuestro siglo tendría que ser la de un gran bloque blanco frente al mundo de color. Pero ello supondría para la Unión Soviética el abandono del comunismo en aras del nacionalismo. Mientras que la primera posibilidad puede hacer compatible uno y otro.

Bien entendido que, por el momento, el nuevo viaje de Jruschev ha tenido como objetivo inmediato el actuar de mediador entre China y la Unión India, Birmania e Indonesia, cuyas relaciones en los últimos tiempos habían empeorado gravemente. Mas tal vez por encima de esta misión aquietadora, el Jefe del Gobierno soviético haya tratado de lanzar una mirada sobre el futuro, considerando el papel que estos países subdesarrollados y hoy neutralistas podrían llegar a tener dentro de los planes políticos mundiales de la U. R. S. S., si sus regímenes, hoy sustentados singularmente por figuras de gran fuerza popular, experimentaran un claro cambio, para lo cual no faltan síntomas. Si esto se lograra, no sólo la incorporación de estos grandes países al comunismo desnivelaría plenamente la balanza del equilibrio entre Oriente y Occidente, sino que, al propio tiempo, nivelaría el equilibrio en el mismo mundo comunista, contrarrestando los hipotéticamente nuevos incorporados al peso cada vez más agobiadoramente creciente de China.

I

Los países del Sudeste asiático, es decir, los que se hallan en una zona geográfica que va desde el subcontinente indostánico hasta Nueva Guinea, constituyen hoy una de las áreas más decisivas de las relaciones internacionales, siendo acaso el motor de lo que se ha dado en llamar el «Tercer Mundo» o el «mundo interpuesto», que se integra, además, por países árabes y negros.

En el Sudeste asiático viven unos 600 millones de seres humanos y sus territorios contienen ingentes riquezas. Y geopolíticamente es una región fronteriza y amortiguadora del espacio continental asiático; una franja periférica que limita al mundo comunista y lo separa de las naciones «blancas» del extremo sudeste: Australia y Nueva Zelanda. En visión estratégica puede ser considerado—como acaba de señalar Juan de Zavala en el *Diccionario Enciclopédico de la Guerra*, que está publicando el General López Muñiz—como la zona ideal para una Potencia continental asiática que quiera lanzarse sobre los dos citados países de la Commonwealth; la clave de las comunicaciones entre los Océanos Índico y Pacífico, y el trampolín para saltar desde el Continente asiático al australiano. Bien entendido que, a su vez, Australia y Nueva Zelanda son bases de valor extraordinario para seguir por el Pacífico hacia América.

Forman por todo esto tales países, uno de los campos más importantes entre los que se desarrolla la pugna político-económica entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos. Al respecto son extraordinariamente elocuentes las palabras del Presidente Eisenhower en su Mensaje de 1958, sobre el estado de la Unión: «Se trata de la intensa ofensiva económica lanzada por los imperialistas comunistas contra las naciones libres. Los regímenes imperialistas comunistas hacen tiempo que han visto frustradas sus tentativas de expansión basadas directamente en la fuerza. Como consecuencia, se han dedicado de lleno a la penetración económica, especialmente en los países de nuevo desarrollo, como un paso preliminar para la dominación política. Esta ofensiva no militar podría derrotar al mundo libre, sin tener en cuenta nuestra fuerza militar. Este peligro es mucho mayor precisamente porque muchos no lo comprendemos o nos negamos a reconocerlo.»

En todos estos países, junto a problemas muy diversos y singulares, se pueden ver unas características que generalmente cabe sintetizar en los tres

siguientes puntos: 1.º Subdesarrollo económico y social; 2.º Anticolonialismo, y 3.º Neutralismo.

1.º Según Pierre Moussa (en su interesante obra *Las naciones proletarias*. Ed. española. Madrid, 1959), han de considerarse países subdesarrollados aquellos que han alcanzado el más bajo desarrollo económico y social. Para fijar cuáles sean estos países se han enunciado varios criterios: la elevada mortalidad, la alta fecundidad en el matrimonio, la higiene rudimentaria, la decifiente alimentación, el bajo consumo de energía por habitante, el analfabetismo, la gran proporción de agricultores, el subempleo por insuficiencia de medios de trabajo, la condición inferior de la mujer, el trabajo de los niños, la debilidad de las clases medias, el régimen autoritario bajo sus diversas formas y la existencia de pequeñas comunidades mal integradas con ausencia de comunidad nacional (*Vide* la obra colectiva *Le tiers monde* (París, 1956), y, en especial, el artículo de la señorita Lévy *Les critères de sous-développement*). Pero seguramente el mejor criterio, no obstante algunos inconvenientes, sea el de la renta nacional por habitante.

Con esta base, Moussa considera países subdesarrollados a todos los de Asia (salvo Japón), toda Africa (excepto la Unión Sudafricana), el Medio Oriente (menos Israel), todo Centro y Sud-América (salvo Argentina Uruguay y Chile), toda Oceanía (excepto Australia y Nueva Zelanda), y una parte de la Europa oriental y algunos países periféricos de la Europa occidental. En total, unos 2.000 millones de seres humanos, esto es, algo más de los dos tercios de la población mundial. René Dekkers (en la revista *Synthèses*, Bruselas, enero 1959), teniendo en cuenta el nivel de vida de los pueblos, los ha distribuido en tres categorías: 1.ª Aquellos cuyos habitantes disponen de una renta anual de más de 400 dólares *per capita*: Estados Unidos, Gran Bretaña, Europa occidental (menos Penínsulas mediterráneas), Canadá y Nueva Zelanda, con un total de unos 370 millones de habitantes; 2.ª Los que tienen sus habitantes una renta anual entre 100 y 400 dólares: Unión Soviética, Europa oriental, Japón, Italia, España y Portugal (unos 650 millones de habitantes); 3.ª Los demás países del mundo, cuyos habitantes no alcanzan una renta anual superior a 100 dólares por cabeza (unos 1.750 millones de habitantes).

Mas los países subdesarrollados poseen ingentes riquezas potenciales, aparte, muchos de ellos, una copiosa mano de obra, si bien con extraordinaria carencia de la especializada y, desde luego, de cuadros técnicos. Esta

riqueza está constituida por materias primas de gran importancia para la industria, pero muy sujetas a las variaciones de precios del mercado mundial (sobre todo los metales, las fibras textiles y los productos alimenticios exóticos), capaces de producir grandes catástrofes económicas para estos países exportadores de tales productos. Por esto señala Moussa que la mejor forma de ayudar a los países subdesarrollados sería la de revalorizar los precios de sus productos y estabilizar su cotización mundial. Las exportaciones de los productos primarios por las regiones no industrializadas del globo, se eleva aproximadamente a 25.000 millones de dólares anuales, bastando una revalorización del 14 por 100 para acrecentar la renta anual del «tercer mundo» en 3.500 millones de dólares. Bien entendido que para elevar en un 5 por 100 la renta *per capita* en todos los países subdesarrollados del mundo, haría falta una inversión anual de 30.000 millones de dólares, los cuales ciertamente no pueden obtenerse de su propio producto nacional, de su ahorro, sino que han de ser proporcionados por las Grandes Potencias, que conviene recordar tienen hoy unos gastos militares anuales que pueden calcularse en 100.000 millones de dólares. Y no sólo ayuda financiera, sino también técnica, sería preciso prestar ampliamente a estos países subdesarrollados.

Cierto que desde 1945 se viene concediendo ayuda financiera y técnica a los países subdesarrollados por parte de las Grandes Potencias y por organismos internacionales. Así, los Estados Unidos vienen facilitando en los últimos años un promedio de 1.000 millones de dólares anuales en concepto de ayuda pública; el conjunto de países de la Europa occidental, unos 800 millones anuales como promedio desde 1952, y otros tantos la Unión Soviética. El Banco Internacional para la Reconstrucción y Desarrollo ha prestado en los últimos años cerca de 200 millones de dólares anuales a los países subdesarrollados; las Naciones Unidas han creado un Fondo especial para la asistencia técnica, económica y social a los países subdesarrollados con 100 millones de dólares anuales, y la Comunidad Económica Europea ha previsto la constitución de un Fondo anual de 116 millones de dólares para ayuda a países subdesarrollados.

Mas para resolver el problema mundial del subdesarrollo, tales cifras son muy insuficientes. Y no sólo habría que aumentarlas al menos cinco veces, sino que además sería preciso que su distribución fuera hecha mediante una planificación llevada a cabo por un organismo internacional. Pues así dejaría de ser esta ayuda financiera y técnica un instrumento político que utilizan las Grandes Potencias para convertirse en un verdadero

programa mundial de asistencia a los países subdesarrollados. Porque incluso hay que tener en cuenta que ello sería rentable para los grandes países, ya que si en un comienzo tal ayuda representa un sacrificio, muy pronto podría significar un elemento de animación para la propia economía de las Grandes Potencias, por la capacidad de compra que representan los países subdesarrollados, que les convierte en un mercado potencial considerable².

Pero no obstante generosas y aun realistas propuestas para financiar esta ayuda mundial a los países subdesarrollados, hay—como ha señalado Fabre-Luce (en *Política Internacional*, núm. 44, Madrid, 1959)—una serie de oposiciones para que tal programa llegue a realizarse, y no sólo en las Potencias «prestatarias», sino también entre los países subdesarrollados. En efecto, algunos de éstos prefieren continuar con el sistema actual, que es el que Moussa llama «la concepción agonística de la ayuda a los países subdesarrollados», en cuanto que obtienen grandes ventajas en una distribución que tiene más en cuenta posiciones políticas y geopolíticas que realidades humanas y económicas.

Porque esta ayuda no se reparte actualmente por igual, sino con una finalidad política. Así Moussa advierte la existencia de tres grupos de países subdesarrollados: 1.º El constituido por Hispanoamérica, Europa meridional, África (a excepción de Egipto) y una faja discontinua de países

² El comercio de los países asiáticos con el exterior, incluyendo Birmania, Ceilán, India, Indonesia, Malaya y Pakistán, ha sido, expresado en millones de dólares U. S. A., el siguiente:

| | Europa oriental | U. R. S. S. | Alemania occidental | U. S. A. y Canadá | Japón |
|-------------|--------------------|-------------|------------------------|----------------------|-------|
| 1948 | 40,7 | 93,7 | 9,7 | 1.100,9 | 126,5 |
| 1956 | 126,4 | 84,4 | 576,8 | 1.143,6 | 824,7 |
| 1958 | 106,5 | 163,9 | 590 | 1.274,1 | 617,8 |

De este cuadro destaca, desde luego, el gran aumento del comercio de la Alemania occidental con los países asiáticos, y es notable también el volumen del comercio de los países satélites europeos. Entre éstos, distingamos a Polonia, cuyos intercambios comerciales en 1957 han sido: 10,3 millones de dólares con la India; 1,1 millones con Indonesia; 5,2 millones con Pakistán; 5,3 millones de dólares con Birmania en 1956, bajando a 0,5 millones en 1957. Y el intercambio comercial polaco-chino alcanzó en 1957 los 82 millones de dólares. A este respecto recuérdese la importancia extraordinaria del comercio exterior de la China comunista, que alcanza los dos tercios de los intercambios comerciales totales de los países asiáticos con el bloque comunista.

asiáticos, que están ligados a Occidente (unos 600 millones de habitantes); 2.º El integrado por China y varios países adyacentes, así como algunas naciones de la Europa oriental (unos 800 millones de habitantes), y 3.º El que forman un conjunto de países asiáticos (de los cuales los más importantes son India e Indonesia) y semiorientales (singularmente la República Árabe Unida), así como Yugoslavia (unos 600 millones de habitantes). Sobre el primer grupo ejercen su ayuda principalmente los Estados Unidos; sobre el segundo, la Unión Soviética. Pero es el tercer grupo, el de los países denominados del «tercer mundo», los que tienen una situación especial fluctuante, por la cual reciben ayuda tanto de los Estados Unidos como de la Unión Soviética, y es respecto a ellos como se desarrolla una pugna económica entre las dos Superpotencias, cuyos fundamentales objetivos son políticos, sin perjuicio de que se aprecien ya fintas importantes de una Superpotencia en el campo propio de la otra, tales como, en especial, la actuación de la U. R. S. S. en Hispanoamérica.

Pues bien, este «tercer mundo», constituido sobre todo por los países del Sudeste asiático, figura entre las zonas más subdesarrolladas del mundo, y por ello no es extraño que su principal problema sea el de promover el desarrollo económico y social de sus pueblos, cuestión que priva sobre toda otra consideración política o incluso espiritual. Por ello tratan de lograr las máximas ventajas de la rivalidad ruso-norteamericana, buscando obtener ayuda de las dos Superpotencias, para lo cual precisan mantener una posición neutralista.

El Sudeste asiático ha podido así obtener en la última década la mayor parte de la ayuda económica norteamericana: de los 1.000 millones de dólares anuales que los Estados Unidos vienen dando como término medio en concepto de donativo a los países subdesarrollados, los países asiáticos han logrado nada menos que las tres cuartas partes, si bien hay que advertir que cerca de la mitad han sido en cuanto ayuda militar, la cual especialmente se ha volcado sobre China nacionalista y Corea del Sur (más de 2.000 millones de dólares suma la ayuda militar norteamericana a la China de Formosa en los últimos diez años y 1.300 millones a Corea del Sur). Y de los préstamos hechos por los Estados Unidos, que se calculan en unos 300 millones de dólares anuales, una parte bastante considerable ha ido a parar también a los países asiáticos.

Al propio tiempo, los Estados del «tercer mundo» han recibido asimismo una importante ayuda económica de la U. R. S. S., que puede valorarse en unos 400 millones de dólares anuales. Mas en concreto, de los

1.885 millones de dólares que la Unión Soviética ha concedido como donaciones y préstamos, desde 1955 a 1957, a los países del «tercio no comprometido del mundo», unos 600 millones fueron para la India, Indonesia, Birmania, Afganistán, Camboya, Nepal y Ceilán, distribuyéndose unos 750 millones entre los países del Oriente Medio, y cerca de 450 millones a Yugoslavia. Hay que advertir también que buena parte de tal ayuda fué militar (unos 400 millones de dólares), sobre todo para los países del Medio Oriente. Y hay que tener en cuenta que, por lo general, la ayuda de la U. R. S. S. es concedida en forma de créditos, con un 2,5 por 100 de interés, amortizables en un período de doce años por pagos anuales iguales mediante la entrega de divisas fuertes y también mercancías del país. Aparte esta ayuda soviética, puede contarse la ayuda china a los países del Sudeste asiático, no sólo en forma de préstamos, sino de donaciones, que se calcula se han elevado a cerca de 1.000 millones de dólares; de ellos, unos 350 millones de dólares a Corea del Norte, otros 350 millones a Vietnam del Norte y 40 millones a Mongolia Exterior, como donaciones, y 22 millones a Camboya, 12 millones a Nepal, 15 millones a Ceilán y 4 millones a Birmania, como préstamos.

No obstante estas últimas cifras, según Profumo, Ministro de Estado británico para Asuntos Exteriores, en un discurso en la Cámara de los Comunes en octubre de 1959 (*Commonwealth Survey*, noviembre 1959, página 947), importa no exagerar la extensión de la ayuda del bloque comunista a los países subdesarrollados y tener en cuenta que la ayuda anual de las naciones occidentales—incluyéndose las inversiones privadas—es de 1.430 millones de libras esterlinas, mientras que el total de la ayuda del bloque soviético hasta finales de 1958, con exclusión de armamentos, ha ascendido sólo a unos 575 millones. Es decir que, según Profumo, «hasta principios de 1959, toda la ayuda soviética tomada en conjunto resulta considerablemente inferior a la mitad de la contribución anual del mundo libre al bienestar de los países subdesarrollados».

Y todo ello sin perjuicio de que estos mismos países del Sudeste asiático hayan recibido en los últimos años más de 200 millones como préstamos procedentes del Banco Internacional para la Reconstrucción y Desarrollo.

Mas ha de notarse que toda esta ayuda se disuelve fácilmente en el inmenso océano de la superpoblación que caracteriza a casi todos estos países, singularmente a la India e Indonesia, teatros de una grave explosión demográfica que significa una creciente depauperación, con una ex-

tremadamente insuficiente capacidad alimenticia de su población en la Unión India. Mientras el índice de crecimiento de la población mundial es del 1,6 por 100, los países subdesarrollados alcanzan del 2 al 3 por 100, en tanto que los altamente desarrollados, no llegan al 0,6 por 100. En gran parte, este aumento de población ha sido debido al enorme mejoramiento de las condiciones sanitarias de estos países, por lo cual, en un cuarto de siglo ha descendido el índice de mortalidad en el Sudeste asiático del 40 al 20 por 1.000. Este enorme aumento de población—tén-gase presente que en la isla de Java hay 650 habitantes por kilómetro cuadrado, que es la densidad acaso más alta del mundo—ha llevado a algunos de estos países, la India, a poner en práctica una política anticoncepcionista sistemática.

Además, se trata de países no industrializados y de desarrollo agrícola nada eficiente en casi todos ellos. Aunque Moussa opina que el desarrollo de los países atrasados debe reposar antes que nada en la expansión de su agricultura, todos tratan de industrializarse a marchas forzadas, sin tener en cuenta que la industrialización supone, entre otras cosas, una agricultura eficiente. Ahora bien, en los pueblos superpoblados, que disponen de mano de obra en gran cantidad, la industrialización como primer objetivo, es recomendable. Si bien precisan la rápida creación de industrias de base y de bienes de capital, siempre teniendo en cuenta las posibilidades de cada país, estos pueblos se encuentran con la falta de técnicos. Por ello necesitan de la ayuda técnica. Así lo ha comprendido bien la Unión Soviética, que inunda con técnicos de todas clases estos países, calculándose que en 1957 unos 2.000 técnicos, licenciados o estudiantes de países subdesarrollados se trasladaron a Rusia para realizar estudios, mientras la Unión Soviética ha destacado 2.000 técnicos suyos, durante el primer semestre de 1957, para servir en los países subdesarrollados, de los cuales, aproximadamente un tercio son expertos militares, y los demás, en materia económico-social, siendo los principales beneficiarios de esta ayuda técnica soviética la India, Afganistán, Birmania, Camboya e Indonesia. A la vez, la U. R. S. S. les entrega instalaciones industriales que estos técnicos se encargan de montar y poner en funcionamiento. En cambio, los Estados Unidos entregan preferentemente bienes de consumo, por ejemplo, contribuyendo con varios millones de toneladas de cereales a la creación de una reserva por el Gobierno hindú para hacer frente al actual grave déficit alimenticio, o firmando un Acuerdo para compra de excedentes agrícolas norteamericanos con Indonesia el 2 de marzo de 1956.

Y lo grave de todo esto es que los pueblos subdesarrollados entienden que para conseguir su desarrollo económico y social no tiene mejor «modelo» que el que les ofrece el mundo comunista, ya que el del capitalismo resulta claramente inadecuado. Por eso ha escrito Tibor Mende (*Entre la peur et l'espoir. Réflexions sur l'histoire d'aujourd'hui*, París, 1958) que la mejor arma del comunismo hoy no es la esperanza en la transformación revolucionaria de las naciones industrializadas, sino la del desarrollo económico de las naciones no industrializadas. Pues tal «modelo» tiene—según Moussa—como constituyentes los siguientes rasgos político-sociales: reforma agraria, organización colectiva de la agricultura, propiedad del Estado, primacía de las industrias básicas, planificación socialista. Y estos rasgos no caracterizan precisamente al régimen político occidental, sino al comunista. Y aún dentro de éste, no es la Unión Soviética, sino la China comunista, la que ofrece el modelo tal vez más apropiado para los países subdesarrollados del Sudeste asiático.

Pues como ya hemos tenido oportunidad de indicar, es la nueva vía política comunista seguida en China la que produce un impacto impresionante en los pueblos subdesarrollados del Asia y de Africa, que ven terriblemente lejanas las vías tecnocráticas seguidas por la Unión Soviética, mientras que China les ofrece una vía más practicable. Es la vía del denominado «comunismo de los pobres», esto es, de los países subdesarrollados. Como ejemplo último, puede tenerse a este respecto los proyectos elaborados por la India—el país peor alimentado de todo el mundo—para aumentar su productividad agrícola con toda urgencia, que no sólo se tiende a conseguir mediante reformas agrarias radicales, sino, sobre todo, por una mejor y más intensiva explotación de las tierras ya cultivadas, para obtener un mayor rendimiento, movilizandlo para ello durante dos años a dos millones de jóvenes, en gran parte procedentes de Universidades y colegios, que, repartidos en brigadas de trabajo, ejecutarán grandes proyectos comunitarios (pantanos y canales para irrigación de tierras), no estando excluído que, tras ellos, sea la masa campesina la que se tienda a movilizar (*Vide* el artículo de G. Etienne en *Le Monde* de 8 de abril de 1960). El día en que para lograr al máximo el desarrollo de la agricultura hindú, se perfilara este camino, la China ofrece su «experimento», que materialmente ha logrado un éxito sin precedentes.

En todo caso, la opinión parece ser unánime: «La democracia conviene mal a los países subdesarrollados» (A. Fabre-Luce). «Un país en curso de desarrollo no puede prescindir de un Poder fuerte, pues necesita en el in-

terior austeridad y entusiasmo... Hay que tener la lucidez de admitir que, en los países subdesarrollados, las formas democráticas, a las que el Occidente europeo está vinculado, no existen prácticamente en ninguna parte» (Pierre Moussa); «Sólo hay dos regímenes posibles en los países pobres: los regímenes autoritarios que tienden a conservar las desigualdades existentes, y los regímenes autoritarios que tratan de reformar las estructuras» (Tibor Mende); «La tiranía de Stalin y de Mao es, en esencia, el método de formación de capital de un pueblo atrasado que no tiene acceso a los mercados de los países más ricos» (Walter Lippmann). Son las «tentaciones» de las naciones retrasadas económicamente, a las que se refiere Leandro Rubio («La situación actual de los países subdesarrollados», *Política Internacional*, núm. 43, Madrid, 1959).

2.º Se advierte en los países afro-asiáticos un sentimiento anticolonialista que es claramente antioccidental. Basta leer el gran reportaje que es el libro de Richard Wright: *Bandoeng. 1.500.000 hommes* (París, 1955), para percibir el alcance de tales sentimientos a través de testimonios de primera mano que expresan incluso su odio racial contra el blanco y todo lo que él significa, y ello transmitido por un negro americano.

La Conferencia de Bandung puede representar muy bien todos estos sentimientos. Acordada celebrar por los países del Plan Colombo (India, Pakistán, Ceylán, Birmania e Indonesia)—cuya propia reunión en 1954 preludia a Bandung, como indica Carmen Martín de la Escalera en el número 22 de *Política Internacional*—, se excluyó de ella a todas las naciones blancas (comprendida Rusia), participando veintinueve países afro-asiáticos: Afganistán, Arabia Saudita, Birmania, Camboya, Costa de Oro, Ceylán, China, Egipto, Etiopía, Filipinas, India, Indonesia, Iraq, Irán, Japón, Jordania, Laos, Líbano, Liberia, Libia, Nepal, Pakistán, Siria, Sudán, Tailandia, Turquía, Vietnam del Norte y del Sur y Yemen, cuyas delegaciones se reunieron en Bandung del 18 al 24 de abril de 1955. Ha sido—en frase de Sukarno, en el discurso inaugural de la Conferencia—«la primera conferencia internacional de los pueblos «de color» en la Historia de la Humanidad».

Ante ella se escribió en el *Globe and Mail* de Toronto (1 de enero de 1955): «¿Qué es lo que puede ligar entre sí a países tan dispersos? ¿Qué interés tienen en común la China roja y Etiopía, Filipinas y el Líbano, por no citar sino cuatro naciones invitadas? La respuesta es fácil. Con

muy raras excepciones, estos Estados asiáticos y africanos han sido hasta recientemente, o lo son todavía, dependencias. Sin ninguna excepción, tienen un nivel de vida más bajo que los otros países, si se tiene en cuenta la distribución de los bienes materiales». En el ponderado *Christian Science Monitor*, de Bostón (23 de enero de 1955), se comentó: «El Occidente ha sido excluído. No se ha invitado sino a las naciones «de color» del mundo... Es el fin del colonialismo.» Y Radio Vaticano dijo: «Esto significa una nueva época de la Historia Universal.»

Bien entendido que en la Conferencia de Bandung participaron países cristianos y aun católicos, así como budistas, confucionistas y mahometanos y también ateos («nosotros, los comunistas, somos ateos», declaró Chu En-Lai en su discurso ante la Conferencia); naciones ligadas por Tratados de Defensa con Occidente, países neutralistas y Estados comunistas; gentes de raza amarilla, negra y aceitunada. Pero sobre todas estas diferencias, hubo tres denominadores comunes: el no ser blancos, el haber sido colonizados por europeos (con escasísimas excepciones) y el ser países subdesarrollados (salvo Japón, aunque éste tiene algunos problemas similares a tales países). Estas tres situaciones fueron las que dieron unidad a tan variopinto conjunto de representantes de 1.500 millones de seres humanos, es decir, más de la mitad de la población mundial, que habita más de 300 millones de kilómetros cuadrados. Ningún blanco se encontraba entre ellos, pero, a pesar de esto, no pudieron dejar de utilizar dos instrumentos occidentales: el inglés, que fué el idioma común, y la técnica, representada por casi todos los aparatos empleados.

Y, naturalmente, la reunión fué una larga requisitoria contra las Potencias occidentales, aunque no faltaran algunos ataques contra los rusos soviéticos (que Chu En-Lai no se cuidó de defender). El Presidente indonésico Sukarno trazó el límite, la denominada «línea de vida del imperialismo»: «Esta línea parte del Estrecho de Gibraltar, atraviesa el Mediterráneo, el Canal de Suez, el Océano Indico, el mar de la China meridional y el mar del Japón. Sobre la mayor parte de esta enorme distancia, los territorios, a una parte y otra de esta línea, han sido colonias; los pueblos han estado privados de su libertad, con su futuro hipotecado por un régimen extranjero. A lo largo de esta línea, arteria principal del imperialismo, circuló la sangre del imperialismo». Y añadió después: «Durante numerosas generaciones, nuestros pueblos han estado sin voz en el mundo. No se nos ha concedido ninguna atención, su suerte estaba decidida por otros, según sus intereses, que primaban sobre los nuestros y

que nos hacían vivir en la pobreza y en la humillación... ¿Qué podemos hacer? Los pueblos de Asia y de Africa tienen poca potencia material. Nuestra misma fuerza económica está dispersa y es mediocre. No podemos permitirnos una política de poder. Nosotros, asiáticos y africanos, en número de 1.400 millones, más de la mitad de la población de la Tierra, podemos movilizar en favor de la paz lo que he denominado la violencia moral de las naciones.»

Norodom Sihanuk, jefe de la delegación de Camboya, tocó, por su parte, la tecla del neutralismo: «Hemos dado, por primera vez, una forma concreta a la solidaridad de los pueblos asiáticos y africanos... [que] rompe las fronteras que separaban al mundo comunista del mundo no comunista... [y constituye] la comunidad de las naciones neutrales.»

Sir John Kotelawala, Primer Ministro de Ceylán, puso de relieve la necesidad de lograr el desarrollo económico y social: «Nosotros, las naciones de la nueva Asia y de la nueva Africa, cualquiera que sea nuestra lengua, nuestra religión, nuestro gobierno o el color de nuestra piel—negra, aceitunada o amarilla—, tenemos una cosa en común: somos todos pobres y subdesarrollados. Siglos de servidumbre y estancamiento han dejado su marca, la pobreza y la ignorancia, sobre la masa de nuestros pueblos... Allí donde han fracasado los occidentales, ¿es posible que las naciones asiáticas y africanas puedan esperar tener éxito? Yo así lo creo.»

Carlos P. Rómulo, presidente de la delegación filipina, dijo: «Además de las cuestiones del colonialismo y de la libertad política, nos interesamos todos aquí en la de la igualdad racial... No ha habido ni hay un solo régimen colonial occidental que no haya impuesto al pueblo dominado, en un grado más o menos marcado, la doctrina de su propia inferioridad racial... Para fortalecer su poder, para justificarlo a sus propios ojos, el blanco occidental tiene por establecido que su superioridad reside en sus mismos genes, en el color de su piel.»

Y así estos cuatro principales temas: antiimperialismo, neutralismo, desarrollo económico y social y antiracismo, fueron los desarrollados por los numerosos oradores de la Conferencia de Bandung. También, muy moderadamente por cierto, por el chino Chou En-Lai, que—según testimonia Wright—se mostró en Bandung «tímido, modesto, con sonrisa afable y mano cordialmente tendida a todo el mundo, circulando entre los delegados con la reserva más amistosa». Y el Primer Ministro hindú, Nehru, orquestó todo el conjunto para que se aclamara la paz.

Este ambiente, todavía acaso mejor que las mismas resoluciones de la

Conferencia de Bandung—cooperación económica entre los países afroasiáticos, cooperación cultural, derechos humanos y libre determinación de los pueblos, problemas de los pueblos no autónomos (condena del colonialismo), y esfuerzo en pro de la paz y la cooperación mundial (supresión de armas atómicas y suspensión de experimentos)—expresa el carácter y significación del anti-colonialismo en los países asiáticos.

Distinta ha sido, en cambio, la tónica del Congreso de los pueblos afroasiáticos celebrado en El Cairo en diciembre de 1957, que ha estado directamente influido por la Unión Soviética—que desempeñó un papel activo en la preparación del orden del día y en la redacción de las resoluciones. Aquí, el anticolonialismo adquirió un tinte todavía más extremo, pero, en cambio, el neutralismo se debilitó. Además, mientras en Bandung la reunión tuvo un carácter predominantemente asiático, en El Cairo fué la perspectiva medio-oriental y africana la que destacó. Por eso sigue siendo la Conferencia de Bandung el acto representativo de la toma de conciencia de los países del Sudeste asiático.

Y si en el fondo se percibió entonces, y ahora, un cierto odio de los pueblos de color hacia el hombre blanco, en este sentimiento—como ha advertido Leandro Rubio en el núm. 43 de *Política Internacional*—se integran como elementos constituyentes: un terrible complejo de inferioridad en camino de trocarse en complejo de superioridad, un sentimiento de frustración y de injusticia ante el alto nivel de vida occidental y una admiración, vivamente reprimida, hacia lo occidental. Y también, el saber que precisan de los occidentales para su propio desarrollo.

3.º Las necesidades del desarrollo económico-social implican, según expusimos, el mantenimiento por los países del Sudeste asiático de un equilibrio entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, es decir, de una política de neutralismo, con el fin de obtener ayuda financiera de los dos mundos rivales. Por eso ha podido escribir fuertemente P. Moussa que «las naciones jóvenes y pobres se arriesgan a entrar en la vida histórica con un bagaje mental de prostitutas».

Pero en este neutralismo no hay sólo motivaciones tan materialistas como las económicas. Hay también circunstancias geoestratégicas y políticas a tener en cuenta.

Por una parte, el área del Sudeste asiático es realmente una zona de separación territorial entre el mundo comunista y el occidental. Se trata de un cinturón de países subdesarrollados fronterizos en el Continente asiá-

tico con la Unión Soviética y con China, y que se prolongan luego en la denominada Asia insular o Insulindia, donde constituyen frontera también con el mundo occidental, integrado no sólo por Australia y Nueva Zelanda, sino asimismo por los archipiélagos del Océano Pacífico en que están instalados los occidentales. Ciertamente que en esta zona hay países que se han alineado francamente al lado de los occidentales, como Pakistán, Tailandia y Filipinas—que forman parte de la Organización del Tratado del Sudeste asiático, signado el 8 de septiembre de 1954 con Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Australia y Nueva Zelanda, y que precisamente tiene su sede en Bangkok. Incluso hay la presencia activa de los Estados Unidos en el Vietnam del Sur y, al fin y al cabo, la India, Ceilán y la Federación Malaya son miembros de la Commonwealth, así como más al Norte el cerco se cierra con Formosa y el Japón. Mas, con todo, existe fundamentalmente en el Sudeste asiático una zona neutral que no ha logrado incorporar Occidente a su sistema defensivo de la S.E.A.T.O.

Y los países neutralistas de esta zona del Sudeste asiático son de enorme interés estratégico para el mantenimiento de las comunicaciones marítimas y aun aéreas, ya que aun cuando los Estados Unidos dominan las salidas del mundo comunista a los océanos: la posesión rusa de las Kuriles está neutralizada por la alianza norteamericana con el Japón; la salida china al Mar Amarillo, con la presencia estadounidense en Corea del Sur, así como la salida al Mar oriental de la China, entre Japón y Formosa, mediante la ocupación norteamericana de las islas Riú-Kiú, con la posición clave de Okinawa; y aun cuando asimismo el Japón, Filipinas e Indochina son piezas del anillo frontal que rodea al mundo comunista por el Sudeste, sin embargo—como ha advertido Juan de Zavala—este sistema defensivo necesita una profundidad que sólo puede lograrse, precisamente, en el espacio insulíndico, considerado, además, como antemural del semi-continente australiano.

De aquí que ambos mundos rivales traten de atraer a este tercer mundo no comprometido y éste procure mantener el equilibrio entre ellos mediante una política de neutralismo que se niega a tomar partido por uno de los dos y mantiene relaciones con ambos. (*Vide*, entre la numerosa bibliografía, los estudios de Mahadevan y de Strinivasamurthy sobre la *Policy of Non Aligment* y la Doctrina de Nehru, respectivamente, en *Indian Year Book of Internacional Affairs*, vol. 2, 1953.)

Pero, además, hay circunstancias puramente políticas que determinan esta postura neutralista de los principales países del Sudeste asiático. En

primer lugar se encuentra el nacionalismo exacerbado de estos países, todavía reciente el logro de sus independencias nacionales, tanto mediante la resistencia pacífica (India) como bélica (Indonesia) frente a sus antiguos dominadores europeos. Y este nacionalismo hace arisca la faz de su independencia política, singularmente frente a los Estados Unidos, que han tenido la falta de habilidad de plantear frecuentemente la concesión de ayuda económica condicionada al alineamiento en alianzas políticas. Como bien ha escrito John Kerry King (*Southeast Asia in Perspective*, Nueva York, 1956), fué un gran error ofrecer a los pueblos jóvenes de Asia del Sudeste la ayuda económica de los Estados Unidos mediante la condición de una alianza política contra el mundo comunista. Insistir para que los pueblos asiáticos neutrales (India, Birmania, Indonesia, Camboya) atemperasen su política exterior a la de los Estados Unidos y medir la ayuda económica con arreglo a su flexibilidad política, no pudo producir más que efectos contrarios. Como consecuencia de tales presiones norteamericanas, estos países identificaron y confundieron cada vez más neutralismo e independencia. La Unión Soviética, en cambio, vocea su ayuda económica como desinteresada de alianzas, e incluso acepta expresamente el mantenimiento del neutralismo en estos países, tal vez porque su objetivo inmediato sea el de impedir se unan al bloque occidental, aun cuando su finalidad última sea la de sovietizarlos, más no por presión exterior rusa, sino por propio desarrollo político interno.

Por otro lado, no debe olvidarse la ideología política de la mayor parte de los dirigentes de estos países, que, en gran porción, tiene raíces claramente marxistas, como es el caso de Nehru. Así, en su obra *El descubrimiento de la India* (Ed. castellana, Buenos Aires, 1945), escribió Nehru: «Un estudio de Marx y Lenin produjo un poderoso efecto sobre mi mente y me ayudó a mirar la historia y los asuntos corrientes bajo una nueva luz. La larga cadena de la historia y del desenvolvimiento social manifestó tener algún sentido, alguna continuación, y el futuro perdió algo de su oscuridad.» Aunque, ciertamente, esta tendencia se encuentra equilibrada por concepciones políticas propias de la democracia occidental. En definitiva, en el mismo interior de los dirigentes asiáticos existe un cierto equilibrio entre las teorías políticas de los dos mundos rivales, que también les empuja, desde dentro de ellos mismos, al mantenimiento del neutralismo para sus países en el exterior, y a la creación de regímenes de democracia socialista en el interior, como es el caso último de Sukarno, con su teoría de la «democracia dirigida». En todo caso, ténganse en cuenta las obser-

vaciones antes hechas sobre la necesidad en que se encuentran los dirigentes de estos países de mantener regímenes fuertes de tipo personalista.

Todos estos elementos constituyen el nuevo fenómeno del denominado neutralismo, que caracteriza al tercer mundo, y que puede definirse con la fórmula de *peace and non-alinment with Power blocs*.

Así Nehru ha declarado: «Nuestra política exterior se propone: buscar la paz sin alinearse con una u otra de las Grandes Potencias o bloques de Potencias, pero examinando con independencia cada causa de disputa.» La coletilla de esta declaración del dirigente hindú muestra que el neutralismo no es una actitud meramente pasiva, sino una posición activa, como el mismo Nehru puso de manifiesto al decir: «Es absolutamente falso pretender que la India es neutral o pasiva. Somos suficientemente humildes para saber que no podemos hacer gran cosa para cambiar el mundo, pero nosotros examinamos los problemas mundiales de manera precisa y positiva, y seríamos infieles a nosotros mismos si nos separáramos de nuestra línea.» Y en 1950, indicó el mismo Nehru: «Permaneciendo completamente aparte de los bloques de Potencias, estamos en una posición mejor para aportar, en un buen momento, nuestro esfuerzo en favor de la paz.» De aquí la posición activa de la India en la última década ante los grandes problemas internacionales, como cabeza del tercer mundo y sobre todo del sector del Asia del Sudeste, y sus contactos con Nasser de Egipto y Tito de Yugoslavia. Aun cuando en algunas ocasiones (Hungría y Cachemira), la actitud de Nehru no haya sido ni positiva ni pacifista.

Bien entendido que aun cuando sea la India el portavoz del neutralismo en Asia, no es sólo por afanes protagonísticos, que indudablemente tiene y le pertenecen, sino que tal actitud es característica de todos los países del tercer mundo. Así el delegado de Nepal en la XIII Asamblea General de las Naciones Unidas (1958) afirmó: «Creemos en una política de neutralidad y no nos inclinamos hacia ninguno de los bloques internacionales existentes, debido a que seguimos una línea de independencia internacional. No deseamos vernos obligados a apoyar un bloque u otro. Evaluamos todos los problemas internacionales con base en sus propios méritos, sin consideración a posibles temores o favores que nos puedan coaccionar. Opinamos que únicamente de esta manera podemos mantener nuestra independencia de criterio en cualquier problema internacional. Ello explica también por qué no favorecemos ningún pacto o alianza militar». Y en la última Asamblea (1959) reiteró que «la política de no alineamiento no quiere decir que el Gobierno nepalés sea neutral en numerosas cuestiones

internacionales o con respecto a diferentes ideologías; Nepal decide cada asunto con base en sus propios méritos sin comprometerse de antemano con ninguno de los dos bloques de potencias»³.

Y el Príncipe Norodom Sihanuk de Camboya (que sostiene una política neutralista en medio de un grupo de Estados asiáticos, de los cuales unos (Vietnam del Sur y Thailandia) son extremadamente pro-occidentales y forman parte de un sistema de alianzas—bilaterales con Norteamérica y colectiva de la O. T. A. S. E., respectivamente—, otro forma parte del bloque comunista (Vietnam del Norte) y finalmente uno (Laos) observa un pro-occidentalismo matizado) ha declarado que este neutralismo «no es una doctrina; es realismo, es una actitud dictada por los hechos y por nuestra situación. Si no queremos participar en ningún pacto, si hemos debido reconocer a las grandes Potencias rojas, especialmente a China, es porque, en función de nuestra posición geográfica, vale más ser su amigo que su enemigo. Nuestra política ha nacido de un deseo de equilibrio entre los dos grandes bloques, el comunista y el norteamericano. Ateniéndonos al justo medio, aceptando una ayuda económica y técnica de los países del Este, conseguimos neutralizar el predominio americano, demasiado fuerte para que no sea reducida la independencia de estas pequeñas naciones que la han aceptado sin reserva. La inversa también es verdad, en lo que concierne al predominio de los países del Este. A este respecto, debemos preservar la amistad norteamericana. En nuestro espíritu, la neutralidad es la libertad.» (*Le Monde*, 19 mayo 1959.)

En último término, téngase en cuenta que para los países del Sudeste asiático la cuestión no está entablada entre el comunismo y el capitalismo, sino entre países pobres y ricos, sosteniéndose—como declaró el indonésico Ali Sastroamidjojo ante la XIII Asamblea General de las Naciones Unidas— que «si el Occidente desea llegar a un entendimiento con el nacionalismo

³ En cambio, resulta curioso que en el Comunicado común soviético-nepalés de 5 de febrero de 1960, con ocasión de la visita del presidente de la U. R. S. S., Vorochilov, acompañado de Kozlov, al Nepal—devolviendo la visita hecha por el rey de Nepal a Moscú en el verano de 1958—no se aluda tan siquiera a la política neutralista del Gobierno nepalés, limitándose a decir el Comunicado que el Nepal es un «país adherido a la paz», que «aprecia altamente los esfuerzos inmensos realizados por la Unión Soviética para obtener un relajamiento de la tensión internacional y el refuerzo de la paz universal». Por el contrario, en los Comunicados de las visitas de Jruschev en el mismo mes a los países del Sudeste asiático se acepta el neutralismo.

afro-asiático, debe, antes de nada, dejar de pensar en términos de anti-comunismo y procomunismo».

II

Toda esta situación, que no hemos hecho más que delinear en sus trazos más generales, parece haber sido así comprendida por la Unión Soviética, a juzgar por el planeamiento y desarrollo del último viaje de Jrushev por los más importantes países del Sudeste asiático. Por lo menos para ceñirse lo más posible a las necesidades de cada día, sin perjuicio de tener una visión y un plan de largo alcance, cuyo objetivo final sería la incorporación de todos estos países al mundo comunista. Mas, por lo de hoy, a la Unión Soviética le basta con aceptar un neutralismo que separe a estos países del bloque occidental, y tratar de infiltrarse con táctica a largo plazo, preparando una transformación política de los regímenes de estos países mediante las fuerzas comunistas de cada uno de ellos, que reiteradamente han fracasado al acudir, prematuramente, a la subversión revolucionaria.

Según Alvin Z. Rubinstein (en la revista *Current History*, de Filadelfia, enero, 1959), «en el Sur y Sudeste asiáticos la diplomacia soviética prosigue su avance post-staliniano, bien que la importancia de la influencia soviética varíe considerablemente de un país a otro. Impresionante en Afganistán, en India y en Indonesia, un poco menos notable en Birmania, todavía no tiene mucho peso en Thailandia, Malaya, Laos, Camboya y Vietnam. Hasta hoy, los dirigentes soviéticos han concentrado sus esfuerzos diplomáticos, comerciales y de ayuda sobre los países claves del Sudeste asiático... para debilitar a Occidente, realzar la posición internacional de la Rusia soviética y afectar considerablemente el destino del comunismo asiático». Mas adviértase también la posible distribución del espacio asiático en esferas de influencia entre Rusia y China, ejerciéndose, sobre todo, la acción china sobre Thailandia, Camboya y la Federación Malaya, sin perjuicio de la atracción que los chinos pueden producir en toda esta amplísima zona, pero también los temores que causan. Precisamente para aplacar tales temores en la India y en Birmania y dulcificar las diferencias chinas con Indonesia, el Jefe del Gobierno soviético realizó su viaje de febrero pasado.

En principio, Jrushev iba a desplazarse únicamente a Indonesia, pero

aprovecharía luego la oportunidad para hacer escala en la India—a la ida y a la vuelta—, en Birmania y en Afganistán. Le acompañarían en su viaje al Sudeste asiático sus ministros de Asuntos Exteriores, A. Gromyko, y de la Cultura, Michajlov; el Presidente del Comité de Estado del Consejo de Ministros para las relaciones culturales con los países extranjeros, G. A. Zukov; el Presidente del Comité de Estado del Consejo de Ministros para las relaciones económicas exteriores, Skackov; el Ministro de Asuntos Exteriores de la República Soviética del Azerbaidjan, Tairova; el jefe de la Dirección principal para la utilización de la energía atómica, Esmeljanov; un miembro del Colegio del Ministerio de Sanidad de la U. R. S. S. y otras personalidades oficiales. La composición de este séquito pone bien de manifiesto el carácter de las visitas del Jefe del Gobierno soviético, que firmaría Acuerdos culturales y de cooperación económica y técnica con India, Indonesia y Afganistán. También, siguiendo la nueva moda, le acompañarían familiares: sus hijas y su yerno, Adjubei, redactor-jefe de *Izvestia*.

VISITA A LA INDIA

El 10 de febrero abandonó Moscú el Jefe del Gobierno soviético para llegar al día siguiente a Nueva Delhi, siendo acogido en el aeródromo por el Presidente hindú, Prasad, y el Jefe del Gobierno, Nehru. La multitud, que dos meses antes había recibido con enorme entusiasmo al Presidente Eisenhower, fué igualmente movilizada para dar la bienvenida a Jrushev; pero, al parecer, la acogida no fué tan entusiasta, ni la masa tan numerosa como la que había aclamado al Presidente norteamericano. El verdadero viaje triunfal de Jrushev por la India había sido un lustro antes, cuando, en diciembre de 1955, acompañando al Presidente Bulganin, había visitado la India por vez primera, recorriéndola de Norte a Sur en una gran campaña de propaganda, precio que Nehru pagó para conseguir que entonces la U. R. S. S. firmara un Acuerdo económico que aseguraba una amplia participación soviética en la realización del segundo plan quinquenal hindú. La nueva visita no tenía tal carácter apoteósico, pero no por ello dejaría Nehru de obtener una sustancial ayuda económica del dirigente moscovita. Ahora acaso lo principal fuera el ratificar el neutralismo hindú y, sobre todo, la política global de coexistencia pacífica, más que frente a Occidente, tal vez contra China, dando Jrushev seguridades a Nehru de

que la China comunista sería disuadida de proseguir sus campañas expansionistas que presionaban la frontera hindú, desconociendo el trazado de la línea Mc-Mahon. Y, efectivamente, dos meses después Chu En-Lai se personará en la India—después de haber firmado Pactos de no agresión y acuerdos de principio para resolver las diferencias fronterizas con Birmania y Nepal—para tratar de llegar a un acuerdo pacífico con Nehru sobre la situación de los Estados fronterizos del Nordeste hindú, así como también acerca de los territorios fronterizos entre el Tibet y Cachemira, sobre los que sostiene reivindicaciones territoriales el Gobierno de Pekín⁴. Ciertamente que la China comunista no habrá de llegar a un arreglo satisfactorio con la India, pero la presencia de Jruschev en Nueva Delhi, a petición de Nehru, significó una ratificación de la amistad ruso-hindú que el Jefe del Gobierno soviético había ya declarado públicamente al aconsejar a Pekín la solución pacífica de conflictos. No se olvide que si bien la U. R. S. S. no puede romper con China, tampoco puede abandonar a la India, que acaso sea la gran zona mundial en que el comunismo tiene puestas más esperanzas.

Como ha subrayado Rubinstein, en ninguna parte del Asia no-comunis-

⁴ En su discurso en el debate general de la última Asamblea General de las Naciones Unidas (1959), el delegado hindú, Krishna Menon, declaró que la India estaba resentida con un país como China, que había sido su buen amigo y con el que tenía cuatro mil kilómetros de fronteras comunes, porque este país se había introducido en el territorio hindú y proclamado que le pertenecían unos cien mil kilómetros cuadrados. Y añadió: «Queremos dejar en claro nuestra posición. Por un lado aceptamos los principios de la Carta y las ideas expresadas en Bandung, así como en nuestros Tratados con China, que se basan en lo que popularmente se conoce como «los cinco principios». Pero no hay en la India ningún individuo ni entidad responsable que quiera dejarse intimidar y acepte tranquilamente la agresión. No vamos a negociar con los chinos hasta que se vayan del territorio ocupado. Tal vez después de las negociaciones puedan hacerse algunos reajustes, pero no puede haber negociación mientras nuestro territorio siga ocupado.»

Esta ocupación china de territorio hindú abarca los siguientes territorios: uno es la zona de Ladaj, en Cachemira, región montañosa con difíciles comunicaciones desde la parte hindú, y mucho más fáciles desde el lado chino. Mas al Este, ya dentro del Assam, está el valle del Chumbi, saliente del Tibet entre Sikkim y Bhutan. En total se trata de unos diez mil kilómetros cuadrados, aproximadamente. Y aún más al Este, y en territorio fronterizo también con Birmania, está la extensa zona de Longju, de unos 90.000 kilómetros cuadrados, asimismo muy montañosa. La importancia de estas zonas es, singularmente, de carácter estratégico.

No podemos entrar en el texto en esta cuestión, que desborda los límites de nuestro estudio.

ta la política exterior soviética ha alcanzado tantos resultados en tan poco tiempo como en la India. No sólo una India amiga resalta la posición y el prestigio de la U. R. S. S. en el mundo, sino que la influencia soviética se ha acrecentado extraordinariamente a los ojos de cerca de 400 millones de hindúes, que constituyen una masa impresionante con una presión demográfica extraordinaria. En el censo de 1951, la tasa anual de la población hindú era más bien moderada (1,25 por 100), dada la fuerte mortalidad (30 por 1.000). Pero ésta ha descendido notablemente merced a las medidas sanitarias adoptadas por el Gobierno hindú, y hoy se estima que la población crece anualmente un 2 por 100, o sea unos 8 millones de personas al año, con lo cual se calcula que hacia 1966, fecha de terminación del tercer plan quinquenal hindú, la Unión India alcanzará los 480 millones de habitantes, que la convertirán en el más importante contingente humano nacional después de China.

Mas también acaso en ningún país del mundo esta ingente masa humana vive en peores condiciones. El hambre no es un accidente, sino una presencia diaria en millones de hindúes. Gilbert Etienne (en *Le Monde*, de 8 de abril de 1960) estima que para mejorar ligeramente la alimentación de cada hindú, lo que quiere decir el suprimir las formas extremas de subalimentación, la India tendrá necesidad de 110 millones de toneladas de cereales y leguminosas en 1966, y la Fundación Ford ha concluido en un reciente Informe que «si la producción [en la India] no aumenta más rápidamente que en los últimos años, la diferencia entre las disponibilidades y las necesidades será, aproximadamente, de 28 millones de toneladas en 1966».

De aquí lo urgente e imprescindible de la ayuda exterior, que Nehru trata de conseguir de la Unión Soviética, de los Estados Unidos y de los organismos internacionales (préstamo de 85 millones de dólares por el Banco Mundial en 1958), así como de otras naciones (40 millones de dólares de Alemania occidental; 17 millones del Canadá; 10 millones del Japón).

Y la Unión Soviética desde 1953 ha acudido con cierta amplitud a la llamada de la India. El 2 de febrero de 1955 se firmó un Acuerdo hindú-soviético, en virtud del cual el Gobierno soviético se comprometió a construir y financiar unos altos hornos en la región de Bhilai, en la India central, y desde entonces, la U. R. S. S. ha concedido a la India créditos por más de 300 millones de dólares. Esta cantidad es, ciertamente, inferior a la de la ayuda norteamericana a la India, pero mientras esta ayuda de los

Estados Unidos (100 millones de dólares en 1958) se dirige, sobre todo, a satisfacer las necesidades alimenticias urgentes de la India, los créditos soviéticos sirven para construir fábricas e industrias, fácilmente identificables y espectaculares. Además de los altos hornos, la U. R. S. S. ha financiado un programa de 120 millones de dólares para intensificar la fabricación de maquinaria pesada; 20 millones para desarrollar la industria farmacéutica, y actualmente se están llevando a cabo prospecciones petrolíferas en el Pundjab y en la costa occidental. Y para todas estas actividades presta también la U. R. S. S. una importante ayuda técnica, con la presencia de centenares de ingenieros y técnicos rusos. Igualmente se ha acrecentado el comercio entre los dos países, habiéndose signado un Acuerdo comercial en 1953, así como un Acuerdo monetario en 1955. La Unión Soviética exporta máquinas, locomotoras, acero y trigo, y la India le envía pieles, café, té y artículos de yute.

Toda esta ayuda soviética produce un impacto grande en las masas hindúes y ayuda a la popularidad del Partido comunista en la Unión India. Ciertamente que en las elecciones de 1957 los comunistas no obtuvieron más que 12 millones de votos. Pero el comunismo ejerce una gran atracción entre los intelectuales y el elemento modesto de la clase media hindú. Últimamente, la propaganda es intensa entre los campesinos y en los sindicatos. Los comunistas lograron controlar el Gobierno de Kerala, que perdieron, ante sus medidas extremas, por la intervención del Gobierno central. En las elecciones de 1962 tratarán de recuperar el Gobierno de Kerala y conseguir la mayoría en los Parlamentos provinciales de Andhra y de Bengala. No obstante, la fuerza del Partido comunista hindú no es grande, comparada con la que aún representa el Partido del Congreso, que es el que mantiene la unidad del inmenso país asiático.

De aquí la propaganda efectuada por Jrushev en su nuevo viaje. En el Comunicado común hecho público el 16 de febrero de 1960 por los dos Gobiernos, se dice que «el pueblo hindú ha reservado [a Jrushev] una acogida cordial y amistosa, que ha sido caracterizada por la manifestación de un entusiasmo general. Esta demostración de buena voluntad es un homenaje rendido al hombre de Estado que milita lealmente en favor de la paz mundial, y simboliza igualmente las buenas relaciones que existen entre la India y la Unión Soviética». En especial, Jrushev visitó Suragarh y Bhilai, que representan—se indica en el Comunicado—los símbolos de la cooperación hindú-soviética: la primera en el dominio de la agricultura; la segunda, en el de la industria. Esta cooperación económica y técnica

se realiza no sólo con las instalaciones metalúrgicas de Bhilai, que han conseguido doblar su producción, sino también en la fábrica de construcciones mecánicas de Rantchi, la central eléctrica de Neiveili, las explotaciones carboníferas de Corba, la refinería de petróleo de Barauni (de una capacidad de 2 millones de toneladas), etc. Como consecuencia de esta visita, el Jefe del Gobierno soviético concedió a la India un nuevo crédito por valor de 1.500 millones de rublos, y concertó con Nehru un Acuerdo relativo a la utilización de este crédito para emprender grandes trabajos de equipamiento, que serán incluidos en el tercer Plan quinquenal hindú. También firmaron ambos dirigentes un Acuerdo de cooperación cultural, científica y técnica.

Pero, como ya indicábamos, aunque Nehru no haya dejado de aprovechar la ocasión de este viaje para obtener ayuda económica y técnica para el desarrollo de su país, la finalidad principal era de carácter político: el extender al Sudeste asiático la coexistencia pacífica. Por eso en el Comunicado común los dos Primeros Ministros constataron, «con gran satisfacción, que los últimos cambios favorables acaecidos en la coyuntura internacional, han tenido por efecto disminuir sensiblemente la tensión internacional. Esta distensión resulta, en una amplia medida, de la iniciativa personal y de los esfuerzos conjuntos desplegados por los dirigentes de las Grandes Potencias, notablemente por N. Jrushev, Presidente del Consejo de Ministros de la U. R. S. S., y por el Presidente de los Estados Unidos, D. Eisenhower. Los contactos personales instaurados entre ellos y que han sido reforzados a consecuencia de su intercambio de visitas, constituyen un factor precioso de una mejor comprensión internacional; ha favorecido la conclusión de un acuerdo que todo el mundo aprueba, que prevé una reunión de los dirigentes de la U. R. S. S., los Estados Unidos, Inglaterra y Francia al escalón más elevado, en mayo próximo. La esperanza de todos los hombres pacíficos reposa en esta hora en este encuentro y en otros similares; los hombres desean intensamente que los esfuerzos desplegados por los dirigentes de las Grandes Potencias sean coronados por un pleno éxito».

La India ha sido abogado constante de la distensión, y por ello no es extraño que desee el éxito de la próxima Conferencia de alto nivel entre los Cuatro Grandes. En cambio, sorprende que en el Comunicado no se diga nada sobre la necesidad de una representación asiática en estas Conferencias—como luego se advertirá en el Comunicado indonésico-soviético—, tal vez porque pudiera interpretarse, si no se personalizaba, como

un llamamiento a favor de China, que, naturalmente, no podía hacer la India en estos momentos de tensión chino-hindú. Por eso, tampoco se expresa la vieja tesis hindú de la entrada de la China comunista en las Naciones Unidas. Pero hay una alusión al arreglo pacífico de las diferencias internacionales, que ha de ser interpretada como dirigida hacia Pekín.

Y aparte la condena de la guerra nuclear y la alabanza a la U. R. S. S. por la última reducción de sus efectivos militares convencionales, así como también por sus éxitos en la exploración espacial—párrafos del Comunicado común indudablemente de origen hindú—, hay un reconocimiento expreso del neutralismo de la India por parte de Jrushev: «El Presidente del Consejo de Ministros de la U. R. S. S. ha apreciado altamente la política de neutralidad y de no participación en alianzas militares practicada por la India. Ha subrayado que esta política suscita una profunda estima en la Unión Soviética. El Gobierno soviético está convencido que prosiguiendo tal política, India y el Primer Ministro Nehru personalmente, contribuyen con amplitud al mantenimiento y consolidación de la paz en el mundo entero. N. Jrushev ha deseado éxitos al Gobierno y al pueblo de la India en la prosecución de esta política; ha subrayado que la cohesión de los esfuerzos desplegados por la Unión Soviética y la India en la lucha en favor de la paz, continuarán siendo un factor decisivo en la atenuación de la tensión internacional y la expansión de la cooperación mundial.» Y, naturalmente, ambos países ratifican su común fidelidad a los «principios de la coexistencia pacífica.»

En definitiva, pues, de este nuevo contacto entre Jrushev y Nehru, mediante conversaciones personales celebradas entre el 11 y el 16 de febrero último—una nueva entrevista se celebraría entre ambos jefes de Gobierno el 1.º de marzo en Calcuta, al regresar Jrushev de Indonesia y antes de partir para Afganistán, en la cual ya Nehru expresó que las próximas Conferencias de alto nivel deberían contar con un interlocutor asiático, tal como había propuesto días antes Sukarno, comunicando también a Jrushev que ya estaba de acuerdo con Chu En-Lai para reunirse en abril en Nueva Delhi—se desprende que los objetivos primordiales del viaje del jefe del Gobierno soviético fueron el mediar entre India y China y hacer aclamar por Nehru su política de coexistencia pacífica, a la vez que el dirigente hindú obtuvo una nueva ayuda económica y técnica de la U. R. S. S. y un reconocimiento expreso de su política de neutralismo. Y téngase en cuenta que el verdadero destino del viaje de Jrushev era Indonesia, y que la escala en la India fué resuelta a última hora, ante la petición de Nehru.

VISITA A BIRMANIA

También a invitación del Gobierno birmano, llegaría Jruschev a Rangún el 16 de febrero de 1960, constituyendo ésta, asimismo, la segunda visita realizada por Jruschev a Birmania, donde ya había estado con Bulganín en diciembre de 1955.

Birmania no alcanza más de los veinte millones de habitantes, pero su situación estratégica es muy importante, pues contiene la salida china hacia el océano Indico a través del Golfo de Bengala. El 4 de enero de 1948 lograría su independencia, concedida por el Gobierno laborista británico apresuradamente, y poco después se desencadenaría una guerra civil, rompiendo los karenes con Rangún y aprovechándose las fuerzas comunistas para llevar al país a un pleno caos. Todavía hoy la lucha de facciones continúa, haciéndose sentir en el país; por eso, en noviembre de 1958, el presidente del Consejo birmano, U Nu, que venía ejerciendo el poder desde la independencia del país, lo abandonó—tras un medio golpe de Estado—al general Ne Win, quien gobierna con plenos poderes excepcionales. En febrero de 1960, poco antes de la llegada de Jruschev, se celebraron elecciones, ganadas por los partidarios de U Nu (de matiz socialista), quien todavía no había vuelto al Poder cuando la visita de Jruschev. No obstante, hay que resaltar que el jefe del Gobierno soviético habría de recibir a U Nu en Rangún, celebrando ambos una entrevista muy cordial, comenzada con un fuerte abrazo entre ellos, delante de los periodistas. Debe advertirse que esta entrevista no estaba en el programa de la visita de Jruschev a Birmania, y que sólo se arregló a última hora. También se había anunciado que U Nu intervendría en la entrevista de Calcuta entre Jruschev y Nehru, al regreso de Indonesia. Y, en efecto, el dirigente birmano, vencedor de las elecciones, pero todavía no en el Poder, llegó a la capital de Bengala el 1.º de marzo. Pero declaró que su visita a la India sólo tenía por objeto visitar santuarios budistas y que no tomaría parte en las conversaciones entre los dos jefes de Gobierno soviético e hindú, porque él no estaba todavía investido de ninguna función oficial.

U Nu representa la amistad con la U. R. S. S. en cuanto que es uno de los adalides asiáticos del neutralismo. En cambio, Ne Win, antiguo comandante en jefe de las fuerzas armadas birmanas (formado en el Japón, a cuyo lado combatió para pasar luego al lado de los británicos durante la

II Guerra Mundial) sostiene una política resueltamente anticomunista, y con su semigolpe de Estado trató de hacer frente a la amenaza creciente de subversión comunista.

Birmania no forma parte del sistema de defensa occidental de la S. E. A. T. O. Mantiene un neutralismo sustancial, no obstante lazos muy íntimos con la Gran Bretaña, que recibe una buena parte de las importaciones birmanas y que instruye a contingentes de las fuerzas armadas de Birmania (Vide el artículo de Leandro Rubio: *Los diez años de la Birmania independiente*. «Política Internacional», núm. 39. Madrid, 1958). Las relaciones con los Estados Unidos son amistosas, sobre todo en los últimos años, no obstante el problema de las fuerzas nacionalistas chinas refugiadas en el Norte del país, habiéndose firmado entre birmanos y norteamericanos un Acuerdo de cooperación económica en 1957. En julio de 1959, los Estados Unidos han concedido a Birmania una ayuda económica por valor de 37 millones de dólares.

Desde 1954 se han estrechado las relaciones birmanas con la Unión Soviética, al comprar la U. R. S. S. su excedente de arroz (400.000 toneladas por año), a cambio de maquinaria, artículos industriales y servicios técnicos soviéticos. Después de los viajes efectuados por Bulganin y Jrushev en 1955 y Mikoyan en 1956, el Gobierno soviético ofreció realizar varios proyectos especiales de construcción: un Instituto tecnológico, un hospital, un hotel moderno y un stadium, por Acuerdo firmado en 1957, con un importe aproximado de cuarenta millones de dólares. Aunque ofrecido todo ello como regalo, lo cierto es que Birmania a cambio entregó a la U. R. S. S. arroz y otros productos del país. En 1958, la Unión Soviética concedió a Birmania un crédito de doce millones de dólares para proyectos concernientes a la agricultura e irrigación. Y un número grande de técnicos soviéticos residen en Birmania para ayudar a realizar los diversos programas, pero, asimismo, para influir en el país.

También Birmania ha tenido que sufrir la presión fronteriza de China, aunque haya reconocido al Gobierno de Pekín en 1949 y firmado un Acuerdo comercial en 1954, con intercambio de visitas entre U Nu y Chu En-Lai. En enero de 1960, el general Ne Win se trasladó a Pekín y firmó un Tratado de no-agresión, en el que se reiteran los cinco principios de la coexistencia, y un Acuerdo regulando un cambio de territorios.

Birmania, pues, se mantiene dentro de la línea del neutralismo más estricto. Por eso en el Comunicado común soviético-birmano de 18 de febrero de 1960, no sólo se dice que ambos jefes de Gobierno constatan que

«las relaciones entre la Unión Soviética y Birmania continúan desarrollándose sobre la base de los principios de la coexistencia pacífica y de la cooperación amistosa», y aún que están «convencidos de que esto contribuirá no sólo al desarrollo de la cooperación entre los dos países sobre la base de la igualdad de derechos, del mutuo respeto de la independencia de cada país y de la no ingerencia recíproca en los asuntos internos», sino que aún, por una parte, «el primer ministro de Birmania ha confirmado la adhesión de su país a la política de neutralidad y de no participación en alianzas militares» y, por otra, «el presidente del Consejo de Ministros de la U. R. S. S. ha declarado que esta línea política de la Unión Birmana constituye una contribución positiva a la obra del mantenimiento de la paz mundial y que es apreciada por la Unión Soviética».

Al igual que con Nehru, Jrushev convino con Ne Win en la necesidad del desarme, en la eliminación del peligro de una guerra mundial, en el cese de los ensayos de armas nucleares y en expresar «la esperanza de que la próxima Conferencia de alto nivel será animada por el espíritu de negociaciones y de comprensión mutua y que dará resultados positivos».

Por último, entre los jefes de Gobierno de la U. R. S. S. y de Birmania, se acordó preparar un Acuerdo cultural entre los dos países, que desarrolle más aún los intercambios culturales y científicos, elaborando un programa para el presente año. Y Jrushev visitó—y así se hace constar en el Comunicado común—las obras del Instituto tecnológico y del Hotel en Rangún, edificados con la ayuda de la U. R. S. S.

VISITA A INDONESIA

Como indicamos, el verdadero objetivo del viaje de Jrushev era Indonesia, adonde llegaría el 18 de febrero y estaría en ella hasta el 1.º de marzo de 1960. No en balde Indonesia es, después de la India, el país más importante del «tercer mundo», y acaso aquel en que los comunistas tienen puestas más esperanzas de próximo triunfo.

La situación política de Indonesia es—escribe Christian Roll en la revista *Aussenpolitik*, de febrero de 1959—singularmente complicada y confusa. Desde 1950 en que ha obtenido su plena independencia, no se ha establecido jamás un equilibrio político y económico. El 18 de agosto de 1945, Sukarno había proclamado la República indonésica, sosteniendo una

lucha armada contra los holandeses, que después del vencimiento del Japón habían vuelto a ser dueños de la Insulindia. Pero el Japón había sentado las bases para la independencia indonésica (así como también de Birmania y aún Filipinas).

Willard H. Elsbree nos informa ampliamente en su obra *Japan's role in Southeast Asian Nationalist Movements 1940 to 1945* (Harvard University Press, 1945, singularmente cap. III, págs. 76 y sigs.) del plan nipón respecto a Indonesia. Ya en noviembre de 1943, Sukarno, Hatta y Dewantara estuvieron en Tokio negociando con Tojo, el primer ministro nipón. No obstante su política equívoca con respecto a Indonesia (el Ejército japonés era favorable a los nacionalistas indonésicos y la Marina vigorosamente opuesta a la independencia), el Gobierno de Tokio declaró en septiembre de 1944 ante la Dieta su promesa de conceder la independencia a Indonesia, y el 6 de marzo de 1945 el comandante-jefe japonés en Java anunció las etapas para realizar esta independencia. La capitulación algunos meses después del Imperio del Sol Naciente, no interrumpiría este proceso, pues aun cuando los holandeses volverían a ser puestos en su dominio por los vencedores anglosajones, los indonésicos continuarían la lucha por la independencia, vista con simpatía desde Washington.

Relata Richard Wright en su libro sobre *Bandoeng*, ya citado, que el antiguo primer ministro indonésico Sutan Sjahrir—que condujo la mayor parte de las negociaciones con los holandeses para lograr la independencia—, le dijo que los indonesios no querían a los japoneses, pero tampoco a los holandeses. «Uno de los factores más decisivos de la conquista de su independencia por los indonesios fué la manera como se condujeron los holandeses cuando los japoneses desembarcaron. Los holandeses se desfundaron; quedaron aterrorizados, se inclinaron... Y nosotros, los indonésicos, nos dijimos: ¿si los holandeses tienen un tal miedo ante los japoneses, por qué debemos tener nosotros miedo a los holandeses? Este miedo que tuvieron los holandeses fué un poderoso elemento psicológico en nuestra resolución de luchar contra ellos por nuestra libertad. Cuando salieron de los famosos campos de concentración japoneses, los holandeses, completamente desprovistos de imaginación y teniendo un aire miserable, volvieron a las casas que habían habitado y a las fábricas que habían dirigido, y quedaron estupefactos de ver que los indonesios los habían reemplazado. Exigieron que sus casas, sus fábricas y sus empleos les fueran devueltos, y quedaron atónitos cuando nadie les obedeció.»

Los holandeses trataron desde 1945 de quedar de alguna manera en

Indonesia, pero el extremado nacionalismo indonésico rompió todos los lazos con Holanda, cuya Unión, firmada en La Haya no pudo ser más efímera. En diciembre de 1949, después de la intervención conciliatoria de las Naciones Unidas, la República indonésica alcanzó su plena independencia.

Pero Indonesia tiene el gran problema de su diversidad. Es un gran archipiélago esparcido a lo largo de mil kilómetros de Oeste a Este y a lo ancho de ochocientos kilómetros de Norte a Sur, constituido por quince mil islas, de las cuales tres mil están habitadas, si bien destacan cuatro grandes islas: Java, Sumatra, Borneo y Célebes. Su extensión total es de un millón quinientos mil kilómetros cuadrados aproximadamente. Sus riquezas son extraordinarias, de forma que potencialmente puede ser el tercer país de la Tierra por su riqueza. De Indonesia—indica José María Cordero Torres: *Indonesia, factor político del mundo oriental*. «Cuadernos Africanos y Orientales», núm. 37. Madrid, 1957—salía en 1941 el 90 por 100 de la quinina mundial, el 86 por 100 de la nuez de cola, el 75 por 100 del kapok, el 38 por 100 del caucho, el 28 por 100 del coco y de la copra, el 20 por 100 del té, el 17 por 100 del estaño, el 4 por 100 del azúcar y del café y el 3 por 100 del petróleo mundiales. Su población se acerca a los cien millones de habitantes, que hablan más de doscientas lenguas, aunque una, el denominado indonésico, es el más extendido y el oficial. Cuando se proclamó la independencia, faltaban casi por completo cuadros instruidos (240 bachilleres nativos en 1939). La inmensa mayoría es de religión mahometana (se calcula el 90 por 100). Por eso su problema fundamental es el mantener la unidad nacional. Tantas islas, tantos antiguos sultanatos, tantos idiomas y tantos grupos etnológicamente diferentes, hacen difícil esta tarea unitaria. Puede decirse, que lo que hoy más les une es su rencor contra el blanco. Relata también Wright que Mohamed Natsir, antiguo primer ministro indonésico, le dijo: «Cuando movilizamos a nuestro pueblo para reconstruir nuestras naciones, los occidentales blancos no deben proyectar sobre nosotros su propio sentimiento de culpabilidad. Los blancos son incapaces de vernos tal como somos, a causa de lo que nos han hecho. Primero, nos han enviado sus misioneros, luego sus mercaderes y, finalmente, sus militares. Les llamamos las tres M del imperialismo.» Y el mismo Wright señala las facilidades que le dieron en Indonesia por ser, aunque norteamericano, de raza negra, mientras que sus compatriotas blancos eran tratados de mala manera.

Dentro de esta dispersión, Java, la isla más desarrollada y más poblada (unos 55 millones de habitantes), y que condujo la lucha por la independencia, es el centro del poder político indonésico, de forma que incluso se han instalado los javaneses en la mayoría de los puestos administrativos, provocando descontento en las demás islas: Sumatra, Célebes, Borneo y Molucas. En ella reside el Gobierno central y obtiene la mayor parte de los gastos presupuestarios, aunque sea Sumatra la que logra el 70 por 100 de las divisas que obtiene Indonesia por su comercio exterior. De aquí, las aspiraciones a la autonomía y las constantes luchas contra el Poder central. En el otoño de 1957, los coroneles de Sumatra y de las Célebes se sublevaron contra el Gobierno central, proclamándose en Medan un Estado autónomo, cuyo presidente promovido fué el ya mencionado Mohammed Natsir, antiguo jefe del influyente partido Masjumi, y el ministro del Interior Breueh, jefe del Darul-Islam, que exige la constitución de un República islámica. Frente a Java, Sumatra y las Célebes suministran a Indonesia la mayoría de los jefes del Ejército y de los diplomáticos. Según Roll, el porvenir del archipiélago indonésico reposa sobre Sumatra. Mas adviértase que los javaneses tratan de transferir 400.000 familias a las «islas exteriores».

El presidente Sukarno busca el reforzar todo lo posible la unidad nacional, y es de advertir que en este objetivo el Partido comunista indonésico está con el Gobierno de Yakarta (al contrario que en la India, donde la estrategia comunista sostiene los «derechos de los Estados» de la Unión hindú contra el Gobierno central). También el Partido comunista indonésico refuerza la tendencia de Sukarno a la independencia económica, que llevó a Sukarno a confiscar los bienes holandeses y a expulsar a los báta-vos. Esta campaña de nacionalizaciones ha producido un enorme caos económico, llegándose hasta a interrumpir las comunicaciones marítimas, que aseguraban entre las islas los navíos holandeses de la K. P. M. Estas medidas se han dirigido también contra la importante minoría china de dos millones y medio de seres de esta raza, que controla buena parte del comercio al por menor. De aquí el empeoramiento de relaciones con Pekín, aunque, al fin, se ha firmado, en octubre de 1959, un Acuerdo chino-indonésico para hacer desaparecer la doble nacionalidad de esta minoría china. No obstante, la fricción de Yakarta con Pekín continúa, y seguramente Jruschev en su reciente viaje haya actuado de mediador entre los dos Go-

biernos. Y téngase presente que el 85 por 100 del comercio de Indonesia con el bloque comunista se hace con China ⁵.

Dada la personalidad hoy indiscutible de Sukarno en Indonesia, su política configura al país. Recientemente ha instaurado, al regreso de un viaje a Pekín, el régimen denominado por él mismo de «democracia dirigida», con un Consejo Nacional como órgano político esencial del Estado, integrado por miembros de su Partido, el *Parti Nasional*, y grupos de izquierda, mas con la oposición violenta de varios Partidos y en especial de Mohammed Hatta. Desde luego, Sukarno no es pro-comunista, sino un nacionalista revolucionario, que ha instalado un régimen personalista de carácter semi-marxista. Pero hay que advertir que el Partido comunista indonésico ha colaborado frecuentemente con el presidente Sukarno.

Hasta 1953, los Gobiernos indonésicos venían siendo de coalición, sobre la base de los dos grandes Partidos: el *Parti Nasional* (izquierda socializante y laica, muy nacionalista, dirigido por Sukarno) y el *Masjumi* (agrupación musulmana que preconiza el presidencialismo y la descentralización administrativa, dirigido por Mohamed Hatta, del cual se ha separado el *Nahdatul Ulama*, partido derechista, y el *Dar-ul-Islam*, xenófobo y revolucionario). En las elecciones de 1955, el P.N.I. obtuvo 57 puestos en la Cámara y 119 en la Constituyente; el *Masjumi*, 57 y 112 respectivamente; el *Nahdatul*, 45 y 91, y el Partido comunista 39 y 80.

⁵ Es extraordinaria la expansión del comercio entre la China comunista e Indonesia. Mencionemos algunos datos:

Japón tenía en 1955 el monopolio de las importaciones indonesias, procedentes de Asia, de ferro-concreto, cemento, máquinas de coser y llantas. En 1958 pasó a China el monopolio del primero de estos artículos, y suministró el 21, el 27 y el 20 por 100, respectivamente, de la contribución asiática en los otros artículos.

También a partir de 1958, la China comunista ha aumentado su parte en el mercado importador del arroz, vendiéndolo a un precio inferior al fijado para el arroz de Birmania y del Vietnam.

Esta práctica de rebaja de precios para dominar un mercado exterior ha sido seguida por la China comunista con Indonesia, aumentando considerablemente las exportaciones de sus artículos manufacturados a costa del Japón. Así, con referencia a géneros de algodón, la parte correspondiente a China en el mercado indonésico de importación subió de 10,9 por 100 en 1955, a 23,3 por 100 en la primera mitad de 1958, mientras que la del Japón descendía de 41,8 a 31 por 100.

Según P. H. M. Jones («Peking's Trade Offensive Indonesia», *Far Eastern Economic Review*, junio 1959, págs. 842-844), las ventajas conseguidas por los artículos chinos en Indonesia—tanto los importados directamente como a través de Hong-Kong—fueron debidas principalmente a los bajos precios.

El *Partai Komunis Indonesia* tiene cerca de dos millones de miembros, siendo el más fuerte grupo político de Java. Fué creado en 1920, y al producirse la lucha por la independencia trató de crear un Frente nacional. En septiembre de 1948 se produjo un golpe revolucionario comunista contra Sukarno, que fracasaría. Reorganizado en 1953, el Partido comunista indonésico recogería en las elecciones de 1955 más de seis millones de votos, disponiendo de 39 puestos en el Parlamento, formando parte de la coalición parlamentaria que sostuvo al gabinete nacionalista de Sastroamijojo. Después de la instauración por Sukarno del régimen de democracia dirigida, los comunistas están en alza, siendo su objetivo fundamental el evitar una reacción conservadora. La personalidad dominante del Partido comunista es Dipa Nusuntara Aidit, secretario general del Partido desde 1954, muy influido por la situación china, aunque advierte que los métodos de la revolución de Mao no son aplicables a Indonesia. Su influencia es grande entre el campesinado indonésico, que es un 70 por 100 de la población, ya que Indonesia es un país esencialmente agrario. Y controla la Federación central de los Sindicatos indonésicos, adherida a la Federación sindical mundial, que agrupa a cerca de tres millones de trabajadores. Goza también de gran influencia en la *intelligentsia* (Vide la obra colectiva *Asian Nationalism and the West*. Nueva York, 1953, página 92). Es de destacar que el P. K. I. se esfuerza en conformarse a una política exterior independiente y activa, evitando la expresión de unos lazos demasiado estrechos con Moscú y Pekín, manteniendo relaciones cordiales con Tito y habiendo enviado observadores al Congreso de la Liga comunista yugoslava, celebrado en Belgrado en abril de 1958. En definitiva, como escribe van der Kroef (en la revista norteamericana *Problems of Communism*, diciembre 1958), uno de los principales elementos que han favorecido el despertar del comunismo indonésico en estos últimos años, ha sido la manera en que sus dirigentes han logrado elaborar una doctrina hábil, bien adaptada a la vez a las necesidades tácticas del medio político indonésico, complejo y muy movido, y a la actual línea de conducta general adoptada por el bloque comunista hacia los países subdesarrollados. Por eso se muestran más nacionalistas que marxista-leninistas.

Pero el Partido comunista indonésico tiene un enemigo decidido en el Ejército, cuyo jefe de Estado Mayor, el general Abdul Haris Nasution, vigila y reprime las actividades subversivas comunistas y parece estar dispuesto, en caso necesario, a pasar por encima del presidente Sukarno,

bien para impedir una disolución de la República indonésica, bien para impedir una toma del Poder por los comunistas. Aunque dividido por cuestiones regionales, el Ejército indonésico está unido frente al comunismo y demuestra gran actividad política (en 1956 detuvo al ministro de Información y en 1957 hizo dimitir al de Hacienda). Únicamente en la Aviación, que es javanesa en su inmensa mayoría, tienen alguna influencia los comunistas.

La Unión Soviética ha venido observando con prudencia esta situación política indonésica. Desde 1954, la U. R. S. S. ha emprendido una serie de intercambios culturales y comerciales, ofreciendo a Indonesia una ayuda económica y técnica, así como armamento (aviaciones a reacción, jeeps y armas ligeras), que Sukarno ha empleado contra los disidentes del Ejército en las islas periféricas, sostenido por Nasution (rebelión de la Aviación en 1955 y de los mandos de Sumatra en 1956-57).

En 1956 se concertó el primer Acuerdo comercial entre Indonesia y la U. R. S. S., intercambiándose caucho, té, azúcar y copra por maquinaria, acero y material de transportes. Después de una visita de Sukarno a Moscú, en 1956, se concertaría un Acuerdo de ayuda (aprobado por el Parlamento indonésico en 1958), por el cual la Unión Soviética concedió a Indonesia un crédito de cien millones de dólares, al dos y medio por ciento de interés y reembolsable en doce años. Este crédito se ha destinado esencialmente a financiar las importaciones de equipo pesado para la industria, así como la compra de buques. También Checoslovaquia y Alemania oriental han concluido Acuerdos con Indonesia para la ayuda técnica, y en 1958 se inauguraría una gran refinería azucarera construida por técnicos alemanes en Indonesia. El total de créditos económicos y militares de los países comunistas a Indonesia ascendía en el verano de 1959 a 364 millones de dólares.

Mas, por otra parte, el presidente Sukarno ha obtenido también una importante ayuda norteamericana (entre 1945 y 1956, la asistencia estadounidense a Indonesia, tanto de créditos como de donaciones, ascendió a 320 millones de dólares), pues, al fin y al cabo, su política exterior descansa en el neutralismo. Indonesia trata de mantener esta directriz fundamental de su política exterior. Aun en presencia de Jruschev, últimamente ha declarado Sukarno: «Trataremos de alcanzar nuestros objetivos sin dejar de mantener relaciones amistosas con todos los países.» Sin embargo, téngase presente que los norteamericanos, que tanto apoyaron la independencia indonésica, no son populares y que todos sus intentos para conse-

guir una alianza con Indonesia han fracasado. Así, a comienzos de 1952, el Gobierno Sukiman dimitió, porque su ministro de Asuntos Exteriores, Surbayo, había firmado un Acuerdo de ayuda mutua con los Estados Unidos, que provocó grandes manifestaciones populares en contra, y en otra oportunidad se produjo la tumultuaria deposición del ministro de la Guerra, achacándole la conclusión de un Convenio de ayuda con los Estados Unidos, por el cual se cederían a los norteamericanos tres bases en el Noroeste del país—probablemente, señala Cordero Torres, en el archipiélago de Riow, al lado de Singapur, y en las Natuna—a cambio de beneficios económicos⁶.

En definitiva, el Gobierno de Yakarta mantiene la política de no alineamiento y neutralismo activo como constante más destacada de su acción exterior, y esta actitud, que no pudo ser modificada por las presiones norteamericanas, parece que no podrá serlo tampoco por las rusas.

Ya en mayo de 1957, el presidente de la U. R. S. S., Vorochilov, había visitado Indonesia. Jruschev llegó el 18 de febrero de 1960 a Yakarta. Su objetivo principal posiblemente fuere el impedir que la actitud claramente anticomunista del general Nasution pudiera hacer deslizarse a Indonesia hacia una neutralidad orientada hacia Occidente.

Durante su larga estancia en Indonesia, el jefe del Gobierno soviético visitaría las ciudades de Yakarta, Bogor, Bandung, Yokjakarta, Surabaia y la isla de Bali, pronunciando discursos en Yakarta ante el Consejo de los representantes del pueblo, en Yokjakarta en la Universidad e incluso en un mitin popular organizado en Surabaia. Visitó varios centros industriales y agrícolas y las obras el stadium de Yakarta (construido con la ayuda financiera y técnica soviética y dirigidas por arquitectos rusos, capaz para cien mil espectadores y que será escenario de los Juegos asiáticos de 1962).

En Bandung, Jruschev, calurosamente recibido, exaltó el recuerdo de la Conferencia de los pueblos afroasiáticos, en la cual «se han establecido—dijo—los diez principios de la coexistencia pacífica», y afirmó que la

⁶ Fijándonos en el *Bank Indonesia Report 1958-1959*, Indonesia recibió en este año financiero los siguientes préstamos: del *Eximbank*. 176 millones de rupias; de la *International Co-operation Administration*, 20 millones de rupias; de China comunista 114 millones y de la U. R. S. S. 163 millones. Bajo los términos del *Surplus Agricultural Commodities Agreement* con los Estados Unidos, la ayuda recibida en ese año totalizó 86 millones de rupias, contra 520 el año anterior. Téngase en cuenta que 126,45 rupias equivalía a una libra esterlina.

U. R. S. S. estaba de acuerdo con tales principios. Atacando al colonialismo, declaró: «La era del colonialismo ha terminado. Ha llegado el momento de ponerlo en un féretro y enterrarlo.» En Yakarta, manifestaría a la Prensa su intención de firmar un Acuerdo separado con Alemania oriental sobre la cuestión de Berlín, si la Conferencia de alto nivel fracasara en resolver esta cuestión, aunque manifestó que esperaba un buen resultado de las conversaciones de París. En la Universidad de Yokjakarta anunció Jruschev la creación en Moscú de una «Universidad de la amistad de los pueblos», para más de tres mil estudiantes de Asia, África e Hispanoamérica, con el fin de «formar ingenieros, profesores, agrónomos, médicos y expertos en varias técnicas), con el objetivo de «levantar, en los plazos más rápidos, la economía de sus países, pisoteados por la bota de los colonialistas.» Estos estudiantes serán seleccionados directamente desde Moscú y sus gastos de viajes y estancia serán sufragado por el Gobierno soviético. En Bali expresarí Jruschev el apoyo soviético a la reivindicación indonesica sobre la Nueva Guinea holandesa o Irián⁷. Finalmente, ante

⁷ El 27 de diciembre de 1949 la reina Juliana de Holanda transfirió su soberanía sobre Indonesia al primer ministro de la nueva República de los Estados Unidos de Indonesia, creándose la efímera Unión holando-indonesica. Pero Holanda se negó a entregar Nueva Guinea occidental o Irián al Gobierno de Yakarta.

Nueva Guinea e Indonesia tienen estrechas relaciones en todos los órdenes—escribe J. Moreno Sandoval en su artículo *La Unión holando-indonesica y la cuestión de Nueva Guinea*. «Política Internacional», núm. 12. Madrid, 1952). La gran isla ha dependido del Sultán de Tidore, antiguo protectorado holandés en las Molucas septentrionales, hasta que en 1905 Holanda compró al Sultán sus derechos sobre la parte sur de Nueva Guinea. En 1949, el Gobierno de La Haya despojó al Sultán de todos sus derechos y colocó todo el territorio bajo su directo control, con el propósito de convertirla en una colonia separada, sobre la que no transfirió soberanía a Indonesia.

Holanda rechaza toda identidad racial y cultural entre Indonesia y Nueva Guinea, continuando administrando a este pueblo papúe, cuya incorporación reivindica el Gobierno de Yakarta. Hay que advertir que se trata de una región muy atrasada y muy escasamente poblada, aunque con abundantes riquezas naturales.

En abril de 1960 se produjo un debate en la Cámara neerlandesa sobre el futuro de Nueva Guinea. El ministro del Interior declaró que el Gobierno holandés trata de conceder lo más pronto posible a los papúes el derecho de autodeterminación. Se prevé, por de pronto, la creación de un Consejo de la Nueva Guinea en el cual la población autóctona «podrá pronunciarse sobre todos los problemas que se le presenten y familiarizarse además con el régimen parlamentario y los principios de-

el Parlamento indonésico, el jefe del Gobierno soviético pronunció un discurso en el cual, especialmente, criticó con gran violencia el Tratado de seguridad concluido entre los Estados Unidos y Japón.

El 28 de febrero de 1960 se publicaría la Declaración común soviético-indonésica, así como los textos de dos Acuerdos: uno de cooperación económica y técnica y otro de cooperación cultural.

En la Declaración expresarían ambos Gobiernos la firme adhesión a «los principios de la coexistencia pacífica, sin ingerencias en los asuntos interiores el uno en el otro, tal como ha sido proclamado en la Declaración común soviético-indonésica de diciembre de 1956 cuando la primera visita oficial del presidente de la República indonésica a la Unión Soviética», así como que el Gobierno de la U. R. S. S. «aprueba enteramente los principios de la resolución de la Conferencia de los países de Asia y de Africa celebrada en Bandung en 1955». En consonancia, «los dos Gobiernos confirman de nuevo que toda manifestación del colonialismo debe ser liquidada y que esta liquidación es conforme a los intereses de la paz universal. En este dominio, el Gobierno de la Unión Soviética apoya firmemente el derecho y la reivindicación de la República indonésica sobre el Irián occidental», así como ambos Gobiernos declaran, asimismo, sostener «la lucha contra el colonialismo que, en este momento, se desarrolla de una manera particularmente activa en el Continente africano».

Por otra parte, se propugna la suspensión de las experiencias nucleares, el desarme general y el arreglo pacífico de controversias, considerando que el empleo de la fuerza o la amenaza de usarla «sería un crimen contra la paz, contra el honor y contra la conciencia de la Humanidad».

Igualmente, el Gobierno indonésico expresó la esperanza de que la próxima Conferencia de alto nivel «dará un paso efectivo hacia el desarme, la distensión internacional y la liquidación de la guerra fría», y ambos Gobiernos subrayan que el intercambio de visitas entre Jrushev y Eisenhower «constituyen una inmensa aportación a la obra de la distensión internacional y de la mejora de las relaciones entre los Estados».

Mas ambos Gobiernos «comparten la opinión de que la Conferencia de alto nivel que se reunirá en París en el mes de mayo, no será sino el prin-

mocráticos». Los holandeses preparan un plan de desarrollo de diez años en los dominios político, administrativo, económico, social y cultural.

Es posible que Holanda trate de crear una Unión o Federación melanésica, en la que quedará incluida la Nueva Guinea occidental.

cipio de una serie de Conferencias al escalón más elevado, destinadas no sólo a lograr un acuerdo sobre el desarme, sino también a encontrar y establecer una base más sana para el conjunto de las relaciones internacionales, con el objetivo de llegar a un progreso y liberar a los pueblos de la amenaza de una nueva guerra». Y, asimismo, que «los problemas importantes que se relacionan con el mantenimiento de la paz universal, no conciernen sólo a las cuatro grandes potencias, sino que afectan también a los intereses de todos los demás pueblos. Expresan, pues, la esperanza de que en el curso de futuras reuniones al más elevado escalón, destinadas a resolver los problemas que tocan a la paz, a la suerte de la Humanidad entera, otros Estados que no forman parte de alianzas militares existentes, comprendidos los países de Asia y de Africa, serán llamados a tomar parte en el examen de estos problemas».

«Los intereses del mantenimiento de la paz—se sigue diciendo en el Comunicado—exigen el desarrollo de los países técnicamente poco desarrollados para asegurarles un nivel de vida honorable y de esta manera liquidar, en fin de cuentas, las diferencias de nivel de vida entre las naciones que poseen una industria grandemente desarrollada y los poco desarrollados en el plano industrial.»

Finalmente, «los dos Gobiernos estiman que una política neutral activa, independiente y de no participación en alianzas militares constituye una aportación positiva a la distensión internacional, al mantenimiento de la paz en el mundo entero. A este propósito, el presidente de la República indonésica ha confirmado que Indonesia continúa firmemente adherida a una política exterior activa e independiente, una política de no participación en alianzas militares. El presidente del Consejo de Ministros de la U. R. S. S. ha declarado que el pueblo y el Gobierno soviéticos respetan la política exterior activa e independiente de Indonesia y que esta política es una contribución importante a la obra de consolidación de la paz en el mundo entero. Ha subrayado el papel eminente del pueblo indonésico que, bajo la conducción del presidente Sukarno, realiza esta política con constancia».

Hemos querido reproducir ampliamente los párrafos del Comunicado que tienen un carácter declarativo de gran importancia, para resaltar la posición y los problemas que preocupan a Indonesia, a saber: anticolonialismo, pacifismo, ansias de protagonismo internacional de los asiáticos, desarrollo económico y neutralismo activo. He aquí los cinco puntos que destacan en el Comunicado.

Pero además de estas declaraciones generales, en el mismo Comunicado se alude a materias que habrían de ser luego articuladas en los Acuerdos, firmados en Bogor también el 28 de febrero, y que representan la ayuda económica y técnica que la U. R. S. S. otorga a Indonesia.

La Unión Soviética concede al Gobierno indonésico un crédito de 250 millones de dólares norteamericanos a un interés de 2,5 por 100, amortizable en doce años, con pagos anuales, mediante la entrega de mercancías indonésicas o libras esterlinas u otras divisas. Tal cantidad será empleada por el Gobierno indonésico en la edificación de objetivos industriales como empresas metalúrgicas, industria química, utilización de energía atómica para fines pacíficos, empresas textiles y objetivos agrícolas, cuya construcción se efectuará con la asistencia de la U. R. S. S., la cual se compromete a suministrar a Indonesia el utillaje y los materiales que precise, así como la ayuda técnica para el montaje y la explotación por especialistas y obreros calificados soviéticos. En especial, la U. R. S. S. entregará un reactor atómico a Indonesia para la investigación científica y la formación de especialistas. Además, y a título de donación, Jrushev anunció a Sukarno que el Gobierno soviético decidía construir un hospital de doscientas camas y una policlínica en Yakarta y regalar a las Universidades indonésicas bibliotecas de obras soviéticas de Ciencias y Letras. Por último, Jrushev colocó en Ambón la primera piedra de un Instituto tecnológico construído con la ayuda de la U. R. S. S., para formar especialistas indonésicos en construcciones navales y oceanografía.

Por otra parte, ambos Gobiernos decidieron concluir un Acuerdo comercial en el que se disponga la compra de cantidades más importantes de caucho indonésico por la Unión Soviética.

Finalmente, se estableció un intercambio cultural entre los dos países en los dominios de la Ciencia, la enseñanza superior, la salud pública, la literatura, el arte y el deporte, con envío de delegaciones y personalidades, organización de conferencias, conciertos y exposiciones, y difusión de libros y revistas, películas y discos. Los estudiantes universitarios de ambos países podrán seguir cursos en los centros superiores de uno y otro.

Tal ha sido lo concertado entre Jrushev y Sukarno durante la visita del jefe del Gobierno soviético a Indonesia, que daría por terminada el 1.º de marzo, en que llegaría de regreso a Calcuta, como escala para proseguir hacia Afganistán. La exposición algo detenida de los acuerdos, nos releva—para abreviar—del comentario, bastante evidente por sí. Añadamos sólo que estos Acuerdos con la U. R. S. S.—según testimonia el co-

responsal del diario holandés *Telegraaf* en Yakarta—fueron acogidos entusiásticamente por los indonésicos, por la importante ayuda concedida, aunque signifiquen una amplia apertura para la invasión de Indonesia por centenares y acaso miles de técnicos soviéticos. E indiquemos que el general Nasution, jefe de Estado Mayor del Ejército, ha rehusado toda ayuda financiera soviética, mientras que el ministro de Asuntos Exteriores, Subandrio, ha dejado entender que la ayuda económica soviética no es suficiente para las necesidades de Indonesia y que seguramente tendrán que dirigirse a los Estados Unidos... El neutralismo continúa en la República indonésica.

VISITA A AFGANISTAN

La última etapa de viaje asiático de Jrushev ha sido Afganistán. Llegó a Kabul el 2 de marzo de 1960, y tres días más tarde regresaría a la U. R. S. S.

El reino de Afganistán ha sido tradicionalmente un Estado-tapón entre la India y las regiones rusas de Asia Central—escribe Leandro Rubio en su artículo intitulado *La vinculación Afganistán-U. R. S. S.*, «Política Internacional», núm. 34. Madrid, 1957. País pequeño y pobre. Los agricultores, en su mayoría pastores, forman más del 90 por 100 de la población, que se evalúa en doce millones de habitantes. Su principal comercio es el de las pieles de caracul. Mal comunicado, pero con excelente posición estratégica. Su régimen político ha sido una monarquía autocrática hasta bien recientemente, en que se ha introducido una cierta democratización. Había formado parte del Pacto de Saad-Abad de 1937 y, en principio, no es pro-soviético, seguramente por ser los afganos de religión mahometana. Pero desde hace algunos años, al quedar fuera del antiguo Pacto de Bagdad, que llega hasta su vecino el Pakistán, la U. R. S. S. ha adquirido una influencia cada vez mayor sobre Afganistán. Y aun cuando en su reciente viaje asiático el presidente Eisenhower hizo escala en Kabul, tratando de equilibrar la influencia soviética, hoy no cabe duda que la U. R. S. S. ha consolidado su posición en este país de tanta importancia estratégica por poseer con los pasos de Kyber y Hérat las llaves del subcontinente indostánico y del Khorassan persa.

Lenin reconoció la independencia del Afganistán en 1919. A partir de 1950, las relaciones ruso-afganas se han hecho mucho más estrechas. Jruschev había acompañado a Bulganin en 1955 a Kabul. Y el jefe del Gobierno afgano, príncipe Mohammed Daud visitó en dos ocasiones Moscú, mientras el rey Mohammed Zahir estuvo en 1957 en viaje oficial en la capital soviética, recibiendo al año siguiente la devolución de visita de Vorochilov.

En 1955 se concluyó un Acuerdo entre Afganistán y la U. R. S. S., estableciendo el libre tránsito de artículos sobre los territorios respectivos. Y en 1957 se dijo en la Declaración común publicada con motivo de la visita del monarca afgano a Moscú, que la Unión Soviética suministraría al Afganistán una ayuda desinteresada y exenta de toda condición política, comprometiéndose a participar en la puesta en valor de los campos petrolíferos afganos, ayudando a la formación de cuadros técnicos y económicos. Esta ayuda financiera fué de cien millones de dólares. Poco antes de la llegada de Jruschev, los soviéticos se comprometieron, por un Acuerdo de ayuda signado el 19 de enero de 1960 en Kabul, a financiar la construcción del proyecto Jalalabad sobre el río Kabul, que suministrará fuerza eléctrica e irrigará un amplio valle, mediante la aportación de veintidós millones y medio de dólares, aunque el proyecto se calcula costará 40 millones. Además, la U. R. S. S. aceptó la construcción de la central eléctrica de Naglu, con la creación de un pantano cerca de Kabul. Finalmente, los soviéticos han construido el aeródromo militar de Bagram, así como la carretera de montaña de 60 kilómetros que le une con Kabul y otra carretera de 850 kilómetros que una a Kabul con Hérat. En la capital del país, las calles, asfaltadas por los soviéticos, los principales edificios modernos, el telégrafo y la mayor parte de los automóviles llevan la marca de los técnicos soviéticos—señala E. Sablier en *Le Monde*, 4 marzo 1960.

Por su parte, los Estados Unidos han ayudado a Afganistán para la realización del proyecto del valle del Helmand, mediante un empréstito de 51 millones de dólares, facilitados por el Export-Import Bank de los Estados Unidos, trabajando en la dirección de esta obra algunos ingenieros norteamericanos, pero a título personal (*New York Times*, 15 febrero 1960). Y, como relata J. Menéndez (en el núm. 45-46 de *Política Internacional*, Madrid, 1959), cuando, ante la visita de Eisenhower, se preguntó a un alto funcionario afgano qué resultados concretos esperaba que tu-

viese la visita del presidente norteamericano a su país, contestó sin vacilar y en inglés: «More aid»⁸.

Aun cuando la influencia soviética es grande, el Afganistán no sólo no es un satélite de la U. R. S. S., sino incluso mantiene una política exterior neutralista, tratando de lograr un cierto equilibrio entre la Rusia próxima y todopoderosa y la América lejana y poco eficaz. Después de haberse adherido implícitamente a la doctrina Eisenhower, los dirigentes afganos han tenido que volver al neutralismo, que tratan que no derive hacia el bloque comunista.

Ahora, Jruschev ha reconocido explícitamente tal neutralismo afgano, pues en el Comunicado común de 4 de marzo de 1960, se dice al respecto: «En el curso de intercambios de puntos de vista Sardar Mohammed Daud ha reafirmado la adhesión del Afganistán a una política de neutralidad y no participación en las coaliciones militares. El presidente del Consejo de Ministros de la U. R. S. S. ha dicho que esta política del Afganistán es una contribución importante al relajamiento de la tensión internacional e inspira un profundo respeto a la Unión Soviética. Por ambas partes se ha hecho notar que las coaliciones militares no contribuyen en manera alguna a consolidar la paz, y que este noble objetivo no podrá ser alcanzado más que mediante los esfuerzos conjugados de las pequeñas y de las grandes naciones y por una cooperación amistosa entre ellas.»

Las relaciones con la Unión Soviética, que se califican de «buena vecindad y de amistad recíproca», continuarán siendo «reforzadas para el bienestar de las poblaciones de sus dos países», por ser «un factor indispensable de paz en el Medio y en el Sudeste asiático». Y Jruschev mostró su apoyo a una reivindicación afgana: «el destino del pueblo pushtu (habiéndose) puesto de acuerdo sobre un medio razonable de reducir la tensión y asegurar la paz en el Oeste asiático, en aplicación del principio de auto-determinación y sobre la base de la Carta de las Naciones Unidas».

Por otro lado, se han hecho las consabidas declaraciones sobre la situación internacional: satisfacción por irse hacia el fin de la guerra fría;

⁸ El comercio exterior de Afganistán se distribuye de la siguiente manera:

Importaciones: U. R. S. S. el 36 por 100; India, el 32 por 100; Pakistán, el 14 por 100, y Japón el 6 por 100.

Exportaciones: India el 30 por 100; U. R. S. S., el 28 por 100; Estados Unidos, el 20 por 100; Gran Bretaña, el 9 por 100, y Pakistán el 5 por 100.

negociaciones pacíficas; intercambio de visitas entre los grandes dirigentes mundiales; importancia de la Conferencia de alto nivel; desarme general; asistencia a los países subdesarrollados; cese de experiencias nucleares.

En cambio, el Afganistán no pudo conseguir una nueva ayuda económica soviética. En el Comunicado común se indica que Jruschev inspeccionó las empresas construidas con la ayuda de la U. R. S. S., tales como una panadería industrial y talleres de reparaciones mecánicas, así como el aeropuerto de Kabul, en construcción, y que «la Unión Soviética continuará estudiando con comprensión las necesidades económicas del Estado afgano y le ayudará en el refuerzo y desarrollo ulterior de su economía». Como el jefe del Gobierno soviético ha invitado al rey y al jefe del Gobierno afganos a visitar Moscú y éstos han aceptado, es de esperar que sea con oportunidad de este viaje cuando logren un aumento en la ayuda, que hasta el presente se eleva a un poco más de doscientos millones de dólares.

Lo que sí se firmó fué un Acuerdo soviético-afgano sobre cooperación cultural, por el que las dos partes promoverán la cooperación entre las organizaciones y sociedades científicas, literarias y artísticas, intercambiando delegaciones culturales, científicas, artísticas y deportivas, libros y películas y promoviendo el desarrollo del turismo. De esta forma queda asegurada la penetración cultural soviética en Afganistán, cuyos técnicos y profesores hasta entonces habían sido formados en Europa occidental y en los Estados Unidos.

III

El 5 de marzo de 1960 regresaría Jruschev a Moscú después de su largo viaje de cerca de 24.000 kilómetros por el Sudeste asiático. El mismo día, el jefe del Gobierno soviético pronunciaría un discurso en la capital de la U. R. S. S. trazando el balance de sus visitas a «cuatro países amigos de Asia». «Todos ahora reconocen—dijo—que la Unión Soviética es el portaestandarte de la paz. A su lado, al mismo paso, marchan la gran China popular y los demás países socialistas. A nuestro lado se encuentran los pueblos de Oriente comprometidos en la vía de la independencia y de la paz.»

En especial, Jruschev destacó su visita a Indonesia y expresó toda su

simpatía al pueblo indonésico por «haber comprendido la doctrina marxista-leninista y la lucha del pueblo soviético». También reiteró su apoyo a «las legítimas reivindicaciones del Afganistán» sobre el pueblo pushtu, que «debe poder expresar libremente su voluntad».

Resaltó, asimismo, que «en todas partes, en India, Birmania, Indonesia y Afganistán, trabajan numerosos ingenieros, técnicos y obreros soviéticos que ayudan a los pueblos de estos países, transmitiéndoles su experiencia e iniciándolos en nuevos métodos». En efecto, sólo en las instalaciones metalúrgicas de Bhilai, en la India, trabajan cerca de novecientos técnicos soviéticos, que allí viven con sus familias.

Finalmente, Jrushev exaltó la lucha de los pueblos de Asia, Africa e Hispanoamérica para lograr su independencia frente al «colonialismo infamante».

E, indudablemente, el jefe del Gobierno soviético parece haber logrado importantes objetivos en su largo periplo asiático, ciñéndose a la situación del «Tercer Mundo». No se trataba de hacer cambiar de campo a ninguno de estos países, sino reafirmarlos en su neutralismo, es decir, en separarlos del mundo occidental. Y manejando el anticolonialismo y el pacifismo, e incluso aceptando las ansias de protagonismo asiático, ha logrado, mediante aportaciones económicas sustanciales para el desarrollo de estos países, pero no gravosas para la U. R. S. S., introducir técnicos y obreros soviéticos, así como promover la expansión cultural y, por tanto, política de la Unión Soviética en el Sudeste asiático. Si, además de esto, Jrushev ha conseguido limar las diferencias que separan a la China comunista de India, Birmania e Indonesia, no cabe duda que el balance del viaje es positivo para el bloque comunista.

Y, al propio tiempo, extendiendo el prestigio y la influencia soviéticos entre los pueblos de estos países, ha preparado un desarrollo político interno en ellos, favorable también al comunismo mundial, y, en todo caso, a la U. R. S. S., incluso frente al claro anhelo de jefatura que parece tener Mao Tse-tung.

LUIS GARCIA ARIAS.

Abril de 1960.

